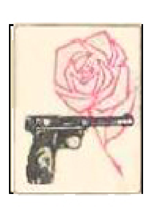




Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Centro comercial

La asesina del espía inglés en el aeropuerto de Orly tiene un cierto parecido con Brigitte, por lo que sus amigos «Fantasma» y «monsieur Nez» le piden ayuda para descubrir quiénes son los asesinos que se esconden en un Centro Comercial y qué es lo que pretenden.



Lou Carrigan

Centro comercial

Brigitte en acción - 262

Archivo Secreto - 212

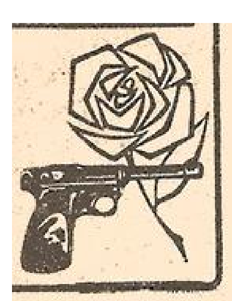
ePub r1.0

Titivillus 03.07.2017

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Preludio en Orly

Era una joven morena, de largos cabellos negros y ojos oscuros, grandes, hermosos. Toda ella era muy hermosa, no sólo de rostro, sino de cuerpo, y, lo que ya es más difícil, o quizá sea mejor decir, menos frecuente, era hermosa hasta caminando.

Había estado tomando café en uno de los bares del aeropuerto parisino de Orly, sentada a una mesita, mirando el reloj con frecuencia; parecía estar esperando a alguien. A alguien que no llegó, porque finalmente, la muchacha se puso en pie, sacó un billete de su gran bolso y, tras dejarlo sobre la mesita, se alejó hacia el enorme vestíbulo.

Los altavoces estaban anunciando la llegada del vuelo de la Lufthansa procedente de Nuremberg. Vuelo directo. Pero no parecía que fuese esto lo que interesaba a la muchacha. Era tan llamativa, tan joven y pujante, que los hombres se volvían a mirarla con un ramalazo de fuego en los ojos. Ella fue a comprar un par de revistas, que guardó en el bolso. Al hacerlo, echó un vistazo a la pistola con silenciador que llevaba dentro. Junto a la pistola había un papel que desdobló con tres dedos de una mano, mientras con la otra mantenía abierto el bolso.

En el papel la muchacha había escrito:

«Tiene unos treinta y cinco años, sus cabellos son casi rojos, los ojos claros. Seguramente viste pantalón castaño oscuro y chaqueta deportiva a cuadros. Lleva un gabán corto de color crema. Vuelo 305 Lufthansa Nuremberg-París».

Una vez más estuvo tentada de romper aquel papel, de convertirlo en cenizas, incluso, pero decidió que no tenía por qué apresurarse, pues quizá a última hora tuviese que consultar alguno de los datos allí anotados. En realidad, eran muy sencillos, pero ella era metódica, jamás se perdonaría cometer fallo alguno. Aparte de que en su profesión los fallos no se admitían. Era una profesión

demasiado importante.

La preciosa muchacha se encaminó a la parte del vestíbulo desde donde vería la llegada de los pasajeros de los vuelos internacionales. Una vez allí, encendió un cigarrillo y adoptó la actitud de quien sigue esperando con infinita paciencia.

Mientras fumaba aparecieron los pasajeros del vuelo 305 de la Lufthansa, ya anunciado debidamente y, acto seguido, olvidado; el vuelo 305 de aquel día era algo que ya se había cumplido…

Desde donde estaba, la muchacha de largos cabellos negros y hermosos ojos oscuros, veía a los pasajeros. Uno de ellos era de buena estatura, esbelto, casi desgarbado; tenía los cabellos rojizos, la cara llena de pecas, los ojos claros. Llevaba pantalones oscuros, chaqueta deportiva a cuadros, un gabán de color crema doblado sobre el brazo izquierdo y un portafolios en la mano derecha. No podía ser otro.

El pasajero en cuestión salió al vestíbulo y se dirigió hacia la salida. La muchacha de los hermosos ojos fue tras él, como distraída, pero en realidad pendiente por completo de aquel hombre que la precedía. Para ella, en ese momento, sólo existía el pasajero llegado en el vuelo 305 de la Lufthansa.

El pasajero llegó ante la puerta, la abrió y salió. La muchacha lo hizo detrás, metiendo la mano derecha dentro de su gran bolso.

Sacó la pistola, apuntó a la espalda del pasajero del vuelo 305, y apretó el gatillo.

Plop.

Plop, plop, plop.

El pasajero había lanzado un alarido al recibir el primer balazo en la espalda, y acto seguido, se volvió. Sus ojos estaban desorbitados, su rostro como descompuesto en una mueca de dolor y de rabia… Al volverse, la segunda bala le acertó en el centro del pecho. La tercera en el abdomen. La cuarta, al caer hacia delante, se hundió, con blando choque sangriento, en su garganta.

La muchacha dejó caer la pistola dentro del bolso y se dispuso a alejarse corriendo. Cerca de ella y del caído pasajero del vuelo 305 Lufthansa, habían algunas personas, que habían reaccionado emitiendo grititos, mientras unos corrían y otros se echaban de bruces al suelo, llegando a éste antes que el pasajero…, ya que la caída de éste había estado frenada por las balas.

La bella muchacha se dispuso a alejarse corriendo, pero ni siquiera llegó a terminar el segundo paso. Por detrás de ella un hombre salía, también, del aeropuerto. Un hombre que, al ver lo que ocurría, había palidecido intensamente, mientras su rostro quedaba desencajado de espanto, miedo, ira… Blanco como la leche su rostro, las facciones desencajadas… Pero ello no fue obstáculo para que su reacción fuese enérgica y certera: de su axila izquierda sacó una pistola, también provista de silenciador, y la apuntó hacia la espalda de la hermosa muchacha.

Plop.

Plop.

La muchacha lanzó un gritito primero, y un grito desgarrador al recibir el segundo disparo. Ella no tuvo oportunidad ni siquiera de volverse, tal había sido la brutal fuerza de las dos balas.

Quedó tendida de bruces, contemplada con expresión desorbitada por el hombre que había disparado contra ella. En seguida, el hombre miró hacia el pelirrojo pasajero del vuelo procedente de Nuremberg. Se guardó la pistola, corrió hacia él y se arrodilló a su lado. Con todo cuidado le dio la vuelta.

Lo primero que vio fue los ojos del pelirrojo, terriblemente abiertos; y la boca, todo el rostro, crispado en aquel gesto de dolor y de rabia.

Aunque sabía que no había nada que hacer, el hombre que había disparado contra la hermosa muchacha puso una mano en un lado del cuello del pelirrojo, manchándose ligeramente de sangre.

No habían latidos.

No había vida.

No había nada que hacer, efectivamente.

Capítulo Primero

Veinticinco horas más tarde, ya entrada la noche, llegaba al aeropuerto de Orly una pasajera de excepción. Se llamaba Brigitte Montfort, periodista, de nacionalidad estadounidense. Premio Pulitzer de periodismo, conocida en el mundo entero, era tan admirada que siempre encontraba facilidades para todo. Facilidades que quizá no habrían sido tantas si en determinados países que había visitado hubiesen sabido que, además, la señorita Montfort era la agente de la CIA N. Y. 7117 Baby… La espía más peligrosa del mundo.

Aunque la señorita Montfort era tan, tan, tan hermosa que quizá incluso su condición de espía le habría sido perdonada con tal de disfrutar del placer de su compañía.

—¿No trae equipaje? —se sorprendieron, realmente, en las aduanas del aeropuerto.

—Solamente esto —alzó ella un maletín rojo con florecillas azules—. Mi jefe no me dio tiempo, a preparar nada más. Mejor dicho, no me habría dado tiempo el avión: pude tomarlo por cuestión de segundos. De todos modos, espero que haya en París algo que una mujer elegante pueda comprar.

Los empleados de aduanas ya estaban sonriendo fascinados.

—Por supuesto, señorita. Feliz estancia.

—Así lo espero… Aunque ese trabajo tan urgente no va a dejarme mucho tiempo libre. *Au revoire*!

—*Au revoire, mademoiselle!*

Ni siquiera miraron el maletín rojo con florecillas azules. Habría sido lo mismo si lo hubiesen mirado. Para un observador no avisado, allí dentro sólo habían cosas que toda mujer debe llevar de viaje, aparte de una pequeña radio a transistores, unos gemelos de teatro, una cámara fotográfica… ¡Bah, nada importante! ¿Qué podía llevar que no fuese legal una dama tan encantadora y bellísima

como la señorita Montfort?

En el vestíbulo, un hombre se acercó presurosamen te a ella en cuanto apareció. Fue directo, como la mariposa a la luz.

—¿Señorita Montfort?

—Sí.

—Me envía *monsieur* Nez.

Brigitte asintió, sonriendo. El hombre señaló hacia el exterior, y segundos después salían del edificio. Poco después, llegaban junto al coche en cuyo asiento trasero esperaba *monsieur* Nez, uno de los más importantes jefes del servicio secreto francés en todas sus facetas, si bien estaba directamente adscrito al SDECE (Servicio de Espionaje y Contraespionaje). *Monsieur* Nez se dispuso a salir del coche, pero Brigitte se lo impidió con un gesto, y se sentó a su lado, sonriendo y tendiéndole la mano.

—¿Cómo está, *monsieur*? —se interesó.

Nez se llevó la mano a los labios, pero sin llegar a tocarla con éstos.

—Como siempre, encantado y fascinado…, y siempre agradecido por su buena voluntad hacia el SDECE. Gracias por venir.

—Todavía no he aceptado lo que vaya a pedirme, así que reserve su agradecimiento para el momento oportuno. ¿Sabe, *monsieur*, que de un tiempo a esta parte lo recuerdo con gran frecuencia?

—¿De veras? —se animó *monsieur* Nez, apodo impuesto por Brigitte y que, realmente, era el adecuado considerando el tamaño de su apéndice nasal.

—De veras. Cada seis meses recibo su envío de champaña Perignon, así que le recuerdo entonces. Y además, muchas, muchas veces, cuando descorcho una botella.

—Es muy amable por su parte… Realmente, siempre ha sido usted muy especial. No creo que hayan en el mundo muchos espías que cobren su salario con el estilo con que lo hace usted.

—¡Oh, me gusta el champaña, eso es todo! —rió Brigitte—. ¿Vamos a pernoctar aquí?

Miró al agente del SDECE que la había acompañado al coche. El hombre se había sentado ante el volante, y estaba vuelto hacia ella, contemplándola tan embobado que había perdido de vista el resto del mundo. No sabía ni quién era ni dónde estaba…, hasta que se

dio cuenta de que tanto Brigitte Montfort, como su jefe, lo estaban mirando expectantes y un tanto irónicos.

—¿Eh, qué…? —Respingó.

—Preguntaba si vamos a pernoctar aquí.

—No… ¡No, no! Perdón…

El coche fue puesto en marcha. Nez sacó un paquete de cigarrillos, ofreció a Brigitte, y encendió ambos. Brigitte miraba hacia la oscuridad de la noche, salpicada de luces de diversos colores. Orly estaba en plena actividad.

—John Pearson, del MI5, me ha pedido que le transmita su cariñoso saludo —murmuró *monsieur* Nez, de pronto.

Brigitte le miró en verdad sorprendida.

—¿John? ¿Qué tiene que ver él con su llamada, *monsieur*?

—En realidad, el hombre asesinado pertenece al servicio secreto británico.

—¿Han asesinado a un agente británico? ¿A uno de los hombres de John Pearson?

—Así es. A uno de los agentes de su viejo y querido amigo Fantasma. Fue precisamente él quién me hizo notar el impresionante parecido de la asesina con usted… Bueno, creo que usted preferirá que empiece por el principio. Naturalmente, en estas veintitantas horas, los del SDECE hemos estado trabajando mucho, y consiguiendo aceptables resultados. Es obvio que los del MI5 nos han prestado su colaboración, tanto en el envío de datos de sus archivos, como en las pesquisas físicas realizadas en la propia París. En este sobre, están las fotografías de tres personas —le tendió el sobre *monsieur* Nez—. La marcada con el número uno, pertenece a un hombre llamado Terence Brooks. Es un importante personaje de la política interior británica. En términos vulgares, es lo que suele llamarse un personaje gris: de los que nunca aparecen en ninguna parte, de los que no tienen relieve personal, no difunden sus ideas o decisiones en los periódicos… Pero, en Londres, es un hombre que ha resultado de mucha utilidad.

—¿Ya no?

—Hace unas semanas, comenzaron a desconfiar de él. Así que, cuando Terence Brooks partió hacia el extranjero, se decidió mantenerlo bajo vigilancia. Entonces, enviaron tras él al agente del MI5 Reginald Colman; éste es el de la fotografía número dos, y

puede usted observarlo en dos versiones: vivo y muerto.

Brigitte, que había encendido la luz del interior del coche, dejó de observar la fotografía de Terence Brooks, que era un hombre de mediana edad, aspecto anodino, frente amplia, cabellos escasos y albos… Debía tener alrededor de cincuenta años, y a Brigitte le pareció un profesor de escuela media. Sí, era un hombre de lo más gris, sin relieve personal alguno.

Pasó esta fotografía, y entonces vio la primera de las correspondientes a Reginald Colman. Este era un hombre de algo más de treinta años, cabellos rojizos, ojos claros… Tenía una expresión inteligente y casi simpática; casi, porque bien mirado se notaba en sus rasgos una leve expresión de dureza: la dureza del espía profesional de acción. La dureza de quien, como suele decirse, no confía ni en su padre. Y sin embargo… Sin embargo, en la segunda y tercera fotografías se le veía muerto. Lo habían cazado, eso era todo. Ni más… ni menos. De estas dos fotografías, una mostraba solamente la cabeza de Reginald Colman, de modo que se veía su mueca de rabia y de dolor, su gesto crispado, sus ojos desorbitados. La otra lo mostraba tendido en el suelo.

La tercera fotografía, es decir, la fotografía del tercer personaje, correspondía a una mujer. Estaba muerta, desde luego, cuando le habían tomado aquella fotografía. Pero, aun así, se evidenciaba una cierta similitud de rasgos entre la hermosa muchacha muerta, y la divina espía que la contemplaba con sus grandiosos ojos azules.

—¿Esta es la asesina que se parece a mí?

—Bueno…, en líneas generales.

Brigitte hizo un gesto despectivo. La frente de la asesina era más estrecha, tenía las cejas más gruesas, las facciones un poco más huesudas, la boca más gruesa… Bueno, quizá a un primer vistazo tuviese un cierto parecido… Quizá.

—¿Sabemos quién es?

—Según parece, su nombre es Lydia Zevi.

—¿Palestina?

—Pasaporte israelita.

—Volvamos al principio.

—Como le decía, cuando Brooks salió de Inglaterra, Reginald Colman salió tras él. Lo siguió hasta Nuremberg; de Nuremberg, a Furth… En realidad, Furth es una ciudad satélite de Nuremberg,

están juntas. Bien. Brooks llegó a Furth, estuvo haciendo algunas compras…

—¿Qué clase de compras?

—Artículos deportivos. Unos esquíes.

—Ya. Siga, por favor.

—Compró unos esquíes, paseó por Nuremberg y por Furth. De pronto, desapareció. No me pregunte cómo, porque eso sólo lo sabía Reginald Colman. Colman llamó a un compañero de París que era su contacto especial en esta ocasión, le dijo que Brooks había desaparecido, y que él saldría de Nuremberg hacia París en tal vuelo… El Lufthansa 305 de ayer. Que le esperase en Orly. Así que el hombre en París del MI5 se vino a Orly a esperar a Colman. Éste llegó en el vuelo anunciado y se dirigió a la salida. Su compañero que le estaba esperando… ¿Le parece que lo llamemos París-MI5, pues sé que usted no quiere saber nombres de agentes vivos?

—París-MI5 está bien —asintió Brigitte.

—Bien. Pues, París-MI5, que estaba esperando en el vestíbulo, se fue tras él, sin saludarle. Le pareció que si Colman no le buscaba, podía ser por algo, y decidió abordarlo afuera, para llevarlo al coche. Pero, justo en la salida, apareció la israelita, disparó contra la espalda de Reginald Colman, y cuando éste se volvió le disparó tres veces más. París-MI5 no razonó: sacó la pistola y acribilló a su vez a la muchacha. Llegó la policía, y, por medio de ella, París-MI5 recurrió al SDECE, y nos pidió que avisásemos a su jefe en Londres, diciéndole lo ocurrido. Como es natural, nos dispusimos a ayudarle. Su jefe llegó…

—¿John Pearson?

—Sí. Le pusimos al corriente de lo ocurrido en cuanto llegó en vuelo privado, a las doce y media de la noche. Como es lógico, habíamos retirado los cadáveres, y los teníamos bajo vigilancia especial en el depósito de cadáveres. Pearson quiso ver a su hombre. Luego, al ver a Lydia Zevi, comentó que podría ser usted. Después de eso, nos dedicamos a trabajar, en colaboración.

—¿Está John todavía en París?

—No. Dijo que usted no iba a negarnos su ayuda, y que, en este caso, lo mejor que podía hacer él era regresar a Londres, de modo que nadie notase tan inusitada actividad en el MI5. No olvide que el importante personaje político Terence Brooks desapareció en

Nuremberg: si el MI5 empieza a trabajar en Nuremberg, será demasiado visto. Yo le ofrecí a Pearson que el SDECE podía hacer averiguaciones, y en principio, aceptó. Luego, cuando fuimos sabiendo cosas de Lydia Zevi, cambió de idea. Insistió en que pidiésemos la ayuda personal de usted, y a mí me pareció formidable, francamente. De este modo, no sólo permanecerá en quietud el MI5, sino también el SDECE… Y ambos esperamos que usted sola, como tantas veces ha hecho, solucione el asunto.

—Es decir, la desaparición de Terence Brooks, el asesinato de Reginald Colman, la intervención de la asesina Lydia Zevi, y saber quién es ésta, para quién trabaja…, y si su intervención está relacionada con la desaparición de Terence Brooks.

—Sí.

—Quizá todo resulte más fácil de lo que parece. ¿Qué sabemos de Lydia Zevi, exactamente?

—Llevaba un gran bolso negro y dentro del bolso, entre otras cosas, la pistola. Y una nota, escrita a mano… creemos que por ella misma. Es decir, estamos seguros, pues hemos comparado la letra de la nota con otras cosas de su habitación en una pensión de París. Esta es la nota.

Brigitte leyó la nota en la que anunciaba la llegada a Orly del pasajero de los cabellos rojizos, esto es, Reginald Colman. Luego, miró sorprendida a *monsieur* Nez, al ver que la nota estaba escrita en una servilleta de papel que llevaba impreso el nombre de Pensión Chez Claudine, 23 Rue de Verneuil, París.

—¿Así de fácil? —murmuró.

—Sí. Nosotros pensamos que Lydia Zevi estaba cenando en la pensión cuando la llamaron por teléfono para darle ese mensaje. Ella regresó a la mesa, tomó una servilleta, y lo anotó. No era nada que tuviese que quedar escrito, sino que debía ser destruido muy pronto, así que no valía la pena buscar papel mejor. Terminó de cenar, subió a su cuarto a por la pistola, y salió rápidamente hacia Orly, para estar allá cuando llegase el hombre de los cabellos rojizos: Reginald Colman.

—Bien. ¿Seguro que la llamaron por teléfono?

—La patrona de la pensión atendió el teléfono. Era una llamada desde Nuremberg.

—O sea, que alguien avisó a Lydia Zevi para que cuando Colman

llegase a Orly, lo matase.

—Es evidente.

—Y ese alguien podría ser la persona relacionada con la desaparición de Terence Brooks. O el propio Brooks, si está dedicado a pequeñas traiciones a su patria, como hacen tantos.

—¡Pueden ser tantas cosas…!

—Desde luego. Pero John Pearson quiere saber qué ha sido de Terence Brooks y quién y por qué ordenó a Lydia Zevi que asesinase a Reginald Colman.

—Exactamente. Y todo ello, sin meter a nadie más del MI5 en el asunto. Y preferiblemente, si usted acepta, sin que intervengamos tampoco los del SDECE.

—John sabe perfectamente que aceptare. Y usted también lo sabe, *monsieur*. ¿Qué más sabemos de Lydia Zevi?

—Realmente, nada más. No nos atrevemos a profundizar demasiado en la investigación, pues podría ser contraproducente. Está claro que la israelita ya no podrá ponerse en contacto con nadie, ya que ha muerto… Si, además, sus amigos se enteran de que alguien está tras los pasos de ella, se apresurarán a esfumarse. Y entonces, no tendremos nada de nada… Excepto que Terence Brooks, el desaparecido Terence Brooks, fue a Furth a comprar unos esquíes. A menos que…

—¿Qué? —sonrió Brigitte.

—Puede ser arriesgado para usted, pero hemos tendido una trampa. Es decir, la trampa está preparada, pero sólo comenzará a funcionar cuando usted lo autorice.

—¿Yo soy el cebo?

—Sí.

—Trampa autorizada. ¿Cómo funcionará?

—Naturalmente, estará usted protegida dentro de una discreción que…

—No se preocupe por eso, *monsieur*. ¿Cómo funcionará la trampa?

—Bien… Claro, la muchacha llamada. Lydia Zevi ha muerto, pero eso lo saben muy pocas personas. Pearson y yo pensamos que si alguien se interesa por Lydia Zevi, y sabe que está viva, hará lo posible por ayudarla…, o por eliminarla, si su supervivencia tiene que resultar comprometedora.

—¡Claro! Se trata de hacer creer que Lydia Zevi está viva, y para eso cuentan conmigo, y con mi relativo parecido físico con ella.

—Sí. Conseguimos que los periódicos silenciasen lo ocurrido en Orly; o quizá estaría mejor decir que fuimos demasiado rápidos, y que no les dimos tiempo de obtener más que una vaga información. De este modo, lo qué han publicado es sólo eso: vaguedades… Se menciona un tiroteo en Orly entre dos hombres y una mujer… Algo así. No se dice nada concreto respecto a la muerte de la mujer, si bien se asegura que, cuando menos, resultó herida. No hemos podido evitar que esta parte de la noticia trascienda, y nos alegramos de ello, porque podemos utilizarla en nuestro provecho. Contando con la colaboración de *madame* Claudine…

—¿La propietaria de la pensión donde estaba Lydia Zevi?

—Sí, sí… Contando con su colaboración, podemos tender la trampa. Puede que no dé resultado, pero no perdemos nada intentándolo. En resumen, si alguien llamase a la pensión Chez Claudine preguntando por Lydia Zevi, *madame* Claudine le diría que la muchacha estará unos días fuera de la pensión, según le ha comunicado por teléfono. Aparentemente, Lydia Zevi habrá llamado a *madame* Claudine para decirle que, durante unos días, estará en casa de unos amigos, en Issy-les-Moulineaux, exactamente en el número seis de la rue Robespierre…

—… Lo cual comunica Lydia a *madame* Claudine con el fin de que ésta sea tan amable de informar a quien pregunte por ella. Y por lo tanto, si alguien llamase a Lydia Zevi a Chez Claudine recibiría este recado, y llegaría a la conclusión de que, tras el tiroteo del aeropuerto, Lydia consiguió escapar, aunque herida, y que se halla refugiada en casa de Issy-les-Moulineaux. Y esperamos que a esa casa acuda alguien, o bien para ayudar a Lydia, o bien para… rematarla si su estado es comprometido para trasladarla.

—Sí.

—Y nosotros vamos ahora al seis, rue de Robespierre, en Issy-les-Moulineaux.

—Sí.

—¿Es una casa bonita?

—No —encogió los hombros *monsieur* Nez—, es una porquería, húmeda, cerca de un parque comunal muy feo. Pero reúne las características básicas para un escondrijo de emergencia. Está al

sudoeste de París. Y a lo peor, resulta que va a estar usted perdiendo el tiempo en un lugar desagradable.

—¿Hay libros en esa casa?

—Pues no sé. Creo que sí hay algunos.

—Entonces no perderé el tiempo. Hace años que tengo deseos de encerrarme en un sitio y dedicarme a leer, sin tener que pensar en ninguna otra cosa. ¿Hay teléfono?

—Por supuesto. Se entiende que usted está herida, y que desde la casa ha llamado por teléfono a *madame* Claudine.

—Lógico.

—¿Podemos avisar a *madame* Claudine para que si alguien llama ella diga que usted la ha llamado?

—Desde luego. Personalmente, me parece un plan bastante ingenuo, *monsieur*. Pero quizá por eso dé resultado. A fin de cuentas, los profesionales del espionaje estamos ya más que hartos de planes maquiavélicos, elaborados, sofisticados y todo eso… Sí. Quizá dé resultado. Y si no da resultado, al menos habré leído un buen montón de libros en francés, que siempre es agradable.

Capítulo II

Germain Priely apagó el cigarrillo y se dispuso a llamar de nuevo por teléfono a la pensión Chez Claudine. Hacia las seis de aquella tarde le habían llamado desde el Kauffhoff de Furth para ordenarle que se interesase por Lydia, y desde entonces había llamado no menos de cinco veces, pero siempre con resultado negativo: *mademoiselle* Lydia no estaba en la pensión, ni sabían dónde estaba, ni sabían cuándo volvería…

—¿…?

—¿Chez Claudine? Soy el amigo de *mademoiselle* Lydia otra vez. Quisiera saber…

—…

—¡Ah! ¿De veras? ¡Magnífico!

—…

—Sí, entiendo. ¿Ha dejado Lydia la dirección de esos amigos?

—…

—Sí, sí.:. Muchas gracias. ¿Ha dejado teléfono?

—…

—Bueno, no importa. Ya me las arreglaré… ¿Perdón?

—¿…?

—¡Oh, sabré encontrarlo, desde luego! Gracias de nuevo, *madame*. Buenas noches.

Priely colgó el auricular y quedó pensativo. Luego, reaccionando bruscamente, colocó el listín de direcciones de París sobre el sofá y se acuclilló ante él, buscando la dirección: 6, rue Robespierre.

Tardó casi cinco minutos en encontrar esta dirección, no en París, sino en la periferia, en Issy-les-Moulineaux. Allá sí estaba el número seis de la rue Robespierre, y el teléfono, a nombre de André Grignalt; lo cual podía no significar nada, por supuesto.

Marcó el número; mientras encendía nerviosamente otro cigarrillo, oyó sonar la llamada en el otro teléfono. El otro teléfono

sonaba, sonaba, sonaba… Finalmente, Germain Priely colgó el auricular, volvió a quedar pensativo, y de nuevo se decidió bruscamente, tras largo titubeo.

Esta vez el número que marcó fue más largo, pues tuvo que anteponer el prefijo de comunicación automática con Alemania del Este, concretamente con Furth.

—¿…?

—¿Kauffhoff? —preguntó Priely a su vez—. Póngame con la Sport Laden. Con dirección especial. Soy Priely, París.

—Sí, espero.

—¿…?

—Sí, soy Priely, Marius. He localizado, por fin, a nuestra vendedora. Parece que tuvo un pequeño accidente, y hasta hace poco no ha podido comunicar su paradero…

—¿…?

—No, no. No a mí, directamente. Eso es imposible, puesto que ella todavía no me conoce: llamó a su domicilio, indicando dónde estaba, por si algún amigo preguntaba por ella. Es evidente que está esperando ayuda. ¿Habéis consultado a Hochst al respecto?

—…

—Ya comprendo. Bueno, yo he llamado por teléfono allá, pero no contesta. En mi opinión, está sola en esa casa, y quizá no se encuentra con fuerzas para nada. Debo ir a ayudarla, supongo. Pero he preferido escuchar lo que ha dictaminado Hochst.

—…

—De acuerdo.

—…

—Descuida. ¡Adiós, Marius!

Germain Priely colgó. Se fue directo al dormitorio, abrió el armario y, de uno de los cajones, sacó una pistola metida en su funda, con atalajes, que había estado oculta bajo la ropa. Se la colocó, se puso la chaqueta y salió de su apartamento. Abajo, en la calle, tenía su «R-12». Era primeros de marzo y todavía hacía un frío considerable en París. Se metió a toda prisa en el coche, puso el motor en marcha y se aseguró de que la calefacción quedaba abierta. Luego, tras encender la luz del interior del coche, se puso a examinar el plano-guía de París, que formaba parte del librito editado por Leconte.

No tardó mucho en encontrar la rue Robespierre, al sudoeste de París, efectivamente en Issy-les-Moulineaux. Cerca de esa calle había un parque. Estupendo. Podía dejar el coche por allí, discretamente oculto, y acercarse a pie a la casa para asegurarse de que todo estaba bien. En su profesión, las cosas nunca eran lo que parecían a primera vista. O casi nunca.

«Es una lástima lo de esa chica. Hasta ahora había trabajado bien, pero no tendré más remedio que eliminarla si su estado es demasiado comprometedor. Si lo dice Hochst, hay que obedecer… ¡No seré yo quien desobedezca a Hochst!».

Guardó la guía, comprobó que la calefacción funcionaba debidamente, y arrancó. Bien, no tenía por qué quejarse demasiado, realmente. Era el primer contratiempo que tenía desde que había iniciado su labor en París, así que simplemente tenía que hacer su parte del mejor modo posible y con buen estado de ánimo; eso era todo. Seguramente pasaría mucho tiempo antes de que se presentase otro problema.

«Me gustaría poder ayudarla, pero en realidad depende más de ella que de mí. ¿Cómo no se dio cuenta de que el británico no estaba solo? Me gustaría saber lo que realmente pasó, pero esos malditos periodistas no se han enterado bien… ¿O están obedeciendo alguna consigna de las autoridades francesas?».

Al pensar esto, Priely movió instintivamente el pie hacia el freno del coche. Pero lo retiró en seguida. No. Todo lo que aparecía en los periódicos tenía sentido, todo tenía lógica. Incluso la actitud de Lydia Zevi al dejar su dirección en Chez Claudine. Incluso tenía lógica que ella no contestase al teléfono. Seguramente, en la casa no tenía que haber nadie, así que ella no podía cometer la tontería de contestar; pero, al mismo tiempo, esperaba que fuesen a ayudarla. Que fuesen en persona, no que llamasen. ¿De qué le servía una llamada telefónica a una persona herida?

Eran casi las diez de la noche cuando Germain Priely detenía el coche cerca del parque que había visto en la guía. Se hallaba en la rue Legalité. Más adelante, ésta se bifurcaba; a la izquierda el nombre era rue Robespierre.

Estaba lloviznando.

Priely salió del coche, mascullando su aversión hacia el clima, que le hizo estremecerse. Cerró el coche con llave y caminó hacia la

rue Robespierre, con las manos metidas en los bolsillos. Se había subido el cuello del gabán, pero de cuando en cuando una gotita de agua helada se deslizaba por su cuello. Hacía años que Germain Priely pensaba que tenía que comprarse un paraguas para llevarlo siempre en el coche, para casos como el actual, pero nunca se acordaba de tal paraguas hasta que lo necesitaba. Y cuando lo necesitaba, o no tenía cerca ninguna tienda donde poder comprarlo o ya era demasiado tarde para ir de compras…

El número seis.

Pasó por delante de la casa, que era de dos plantas. No se veía luz alguna en el edificio. Un edificio oscuro, feo, viejo… Tenía un pequeño jardín. En cualquier momento, el propietario decidiría venderlo, y sería derribado para hacer una casa moderna, o más probablemente, un bloque de apartamentos. Caminó unos pocos pasos más y se detuvo, encendiendo un cigarrillo. No se veía un alma. Y en cuanto a él mismo, sí le veía alguien llamaría mucho la atención, allí parado, aunque fuese encendiendo un cigarrillo. Con un tiempo como aquél, la gente se apresura a llegar a su casa y allí fuma lo que le venga en gana.

Dio media vuelta y regresó hacia la casa. Cruzó el pequeño jardín y se detuvo ante la puerta. Pulsó el timbre. Lo oyó nítidamente, dentro de la casa. Pero no hubo reacción alguna. Volvió a llamar, y esperó otro minuto.

Hasta que, por fin, comprendió.

Empujó la puerta… y, en efecto, ésta se abrió. Priely movió la cabeza con el gesto de quien se culpa a sí mismo de ser tonto, y entró en la casa. Cerró tras él y encendió la luz. El vestíbulo era pequeño y triste. Priely se estremeció.

—¿Lydia? —llamó.

Silencio.

Silencio absoluto.

—Lydia, soy Priely, el residente de París. ¿Me oyes?

En alguna parte oyó unos golpes. Sí, golpes dados en madera. Los golpes se repitieron. Guiado por ellos, Priely se fue desplazando, hasta llegar a un dormitorio de la planta baja, metido bajo la escalera que conducía al piso de arriba. Encendió la luz. En seguida vio la cama y, en ella, envuelta completamente en una manta, vio a la muchacha.

Es decir, vio la parte central de sus facciones, de la frente a la barbilla, como en una sección lenticular. Y toda aquella parte del rostro que veía estaba cubierta de sudor. Por un lado, pudo ver un ojo grande, oscuro, que parecía taladrarle. Priely había visto varias veces a Lydia, y la identificó. Aunque, realmente, más que identificar plenamente a aquella mujer, la mente de Priely funcionó con automatismo: ¿quién, sino Lydia, podía ser aquella muchacha? ¿Quién, si no? Tenía que ser Lydia, sencillamente.

Priely vio una silla y la colocó junto a la cama, para sentarse frente a la muchacha, que estaba de lado y seguía mirándole fijamente. Por un lado de la manta que le cubría la cabeza aparecía el largo cabello negro que Priely había visto en ocasiones. Acercó una mano y tocó el rostro femenino. Le pareció que no estaba caliente, sino más bien frío, incluso normal; pero estaba húmedo. Lydia Zevi se encogía en la cama. Priely miraba, ahora, los dos ojos de ella, visibles al mover él la manta.

—¿Cómo estás? —se interesó en hebreo—. No sé si me has oído antes; soy Priely, el residente de París.

Una expresión de desconfianza apareció en los negros ojos que parecían querer penetrar en Priely. Éste sonrió amablemente.

—¿No quieres que hablemos en nuestra lengua? De acuerdo, hablaremos en francés —cambió a este idioma—. Tienes que decirme cómo estás, Lydia, para tomar una medida u otra. Déjame que vea tu herida para…

Acercó las manos a la manta, pero notó el brusco encogimiento de ella; vio en sus ojos la expresión de dolor y temor.

—¿Estás malherida? Dime hasta qué punto.

Lydia Zevi se pasó la lengua por los labios.

—Tengo… —jadeó—, tengo una… una bala… en el vientre…

Germain Priely palideció. Mala suerte. Con mil disimulos se puede trasladar a un herido en una pierna, o brazo, u hombro… Pero trasladar a un herido en el vientre es muy comprometido. Dejarlo en el lugar, significaba que un médico tenía que estar yendo y viniendo para atenderlo, o quedarse con él hasta que se hallara fuera de peligro. Demasiado compromiso.

—Lo siento, Lydia… —murmuró—, no lo tomes como nada personal; tú ya sabes. Llamé al Kauffhoff y Marius me dijo que el Hochst había dado instrucciones concretas sobre la situación…, y

no tengo más remedio que cumplirlas, a menos que puedas caminar. ¿Podrías caminar?

Lydia Zevi movió negativamente la cabeza. Sus ojos parecían dos cristales negros y opacos, fijos en los grandes ojos castaños, inteligentes, de Germain Priely.

—De verdad lo siento… ¿Puedes hablar más? ¿Puedes decirme lo que pasó en Orly, antes de que te mate?

Hubo un brusco parpadeo en los oscuros ojos de Lydia Zevi. Priely desvió la mirada. A un lado vio el bolso negro de la muchacha. Se acercó a él, lo abrió, y miró su contenido. Lo primero que vio fue la pistola con silenciador. Luego, una serie de cosas que no tenían mayor importancia. Con la pistola de Lydia en su diestra, volvió a sentarse ante ella, junto a la cama.

—¿Tienes algo importante en Chez Claudine? Ya sabes que tendríamos que recogerlo. Lydia, lo entiendes, ¿verdad? Lo entiendes todo, ¿no es así?

Ella parpadeó, y eso fue todo. Germain Priely asintió.

—¿No puedes decirme nada de lo que pasó? ¿Ni siquiera puedes decirme si el británico que te señalaron está muerto?

Hubo un asentimiento en el gesto de Lydia Zevi.

—¿El británico está muerto? ¡Bien! Es absurdo que no permitan que los de París nos comuniquemos de cuando en cuando, pero ya sabes que se hace por la seguridad de todos. Por eso recibimos órdenes directamente del Kauffhoff, en lugar de ser yo quien las reciba todas y las distribuya. Sólo en casos apurados como éste se nos permite el contacto personal…, y siento que tenga que suceder esto, Lydia. Lo siento de veras.

La lengua de ella apareció, sonrosada, y se deslizó por los labios; Priely se pasó una mano por la boca. La izquierda. Con la derecha, de pronto, apuntó la pistola de la propia Lydia al pecho de ésta.

—Tengo que…

Sonó un estampido ahogado. Casi inaudible. La manta que envolvía el cuerpo de Lydia Zevi pareció hincharse como un globo, por un instante, mientras aparecía una pequeña llamarada en un punto… Por allí salió la pequeña bala, que hizo crujir, apenas, la frente de Germain Priely. La cabeza sufrió una pequeña y brusca sacudida, y cayó inerte hacia el pecho, mientras la pistola de Lydia escapaba de entre sus dedos y caía al suelo. Germain Priely estaba

con los ojos abiertos, como contemplando, atónito, el suelo… Por el pequeño agujero de la frente apareció una gota de sangre muy oscura, que se deslizó hacia el entrecejo y luego por un lado de la nariz…

Lydia Zevi se sentó en la cama, desprendiéndose de la manta. Estaba completamente vestida y, por supuesto, no tenía herida alguna. Con una manga se limpió del rostro las gotitas de agua que a Germain Priely le habían parecido gotitas de sudor. Luego, cuidadosamente, retiró de sus ojos las lentillas de contacto, negras, dejando al descubierto sus hermosas pupilas azules.

—Puede venir, *monsieur* —dijo en voz alta.

Había dejado las lentillas sobre la cama, junto a la pistolita de cachas de madreperla que había utilizado contra Priely, y que en todo momento había estado empuñando bajo la manta. De debajo de la cama sacó el maletín rojo con florecillas azules, y lo colocó sobre la cama. Lo abrió y guardó en él, en un estuche especial, las lentillas de contacto. La pistolita se la colocó en la cara interna del muslo izquierdo, sujeta con dos tiras de esparadrapo de color carne.

Ya todo en orden, se dedicó a registrar cuidadosamente a Germain Priely, que permanecía sentado, con los brazos colgando, la cabeza caída sobre el pecho, los atónitos ojos fijos en el suelo.

En la billetera estaba la documentación, que era auténtica. O se lo pareció a ella. Estaba examinándola cuando apareció en el dormitorio *monsieur* Nez, acompañado del otro agente del SDECE.

—He tenido que dispararle —explicó Brigitte Montfort—. No creo que venga nadie más por aquí, así que veamos si podemos sacar algo en claro de él.

Monsieur Nez asintió. Había estado escuchando la conversación por medio de los micrófonos que habían instalado en la casa. En realidad, no habían tenido tiempo de nada, prácticamente. Estaban instalando a la señorita Montfort en la casa cuando había sonado el teléfono, y habían comprendido: la trampa había funcionado ya.

—Germain Priely —dijo el auxiliar de Nez—. Francés. La documentación es auténtica, desde luego. Sin embargo, habló en otro idioma. ¿Lo entendió usted?

Brigitte Montfort movió negativamente la cabeza.

—Creo que habló en hebreo. Tuve que simular que desconfiaba y, entonces, habló en francés. Lo que dijo en hebreo tendrán que

traducírnoslo, si quedó grabado.

—Sí.

—De todos modos, no creo que sea nada diferente a lo que dijo en francés. También habló en alemán. Bueno, sólo dos palabras: Kauffhoff y Hochst. Y mencionó a un tal Marius.

—Tendrán que traducirnos, también, esas palabras en alemán —dijo el auxiliar de Nez.

—Eso no hace falta —negó la divina espía—. Kauffhoff significa centro comercial, en el sentido de grandes almacenes, para diferenciarlo de Komercial Zentrum, que es una zona dedicada a diversos comercios. En definitiva, se trata de un edificio convertido en un gran centro comercial. En cuanto a Hochst, significa supremo. Entonces, una de sus frases, la más interesante a mi juicio, queda de este modo: «Llamé al centro comercial, y Marius me dijo que el Supremo había dado instrucciones concretas sobre la situación…». Lo que significa que el tal Marius está en un centro comercial y que se encarga de impartir, o repartir, las instrucciones de alguien a quien llaman Supremo.

—Ya. Bueno, un centro comercial… Deben haber bastantes en París…

Brigitte se quedó mirando amablemente a *monsieur* Nez.

—¿En París? Según tengo entendido, donde compró los esquíes Terence Brooks fue en Furth, la ciudad satélite de Nuremberg.

—Entonces —parpadeó Nez— habrá que buscar un centro comercial en Furth. Deberíamos preguntárselo al MI5: quizá Colman mencionase ese detalle cuando llamó desde allá a París-MI5.

—Sí. Creo que debe comunicarse, cuanto antes, con John. Que le digan todo lo que sepan sobre Terence Brooks, y, en fin, todo lo que hayan podido ir componiendo sobre el asunto. De todos modos, mientras tanto, habrá que ir preparando el montaje de la muerte de Germain Priely. El vino a matarme a mí, es decir, a Lydia Zevi. De donde podemos comprender que esta gente aceptan morir cuando las cosas se ponen mal. Si se lo toman tan a pecho es porque quieren estar muy seguros de que nadie va a llegar a saber nada sobre ellos… Por tanto, no nos interesa alarmarlos. ¿Puede usted hacer montaje de las muertes de Lydia Zevi y Priely para los periódicos, *monsieur*?

—Naturalmente.

—Magnífico. Como ya no tiene objeto que me quede en este feo lugar, le agradecería que me llevasen al Grand Hotel. Allí esperaré sus noticias y las del MI5. *Ça va*?

—*Naturellement!*

* * *

—*Bonjour,* Brigitte*! Et bon apetit!*

—*Merçi, monsieur. Bonjour!*

Tras el saludo, *monsieur* Nez se sentó frente a Brigitte, que se hallaba desayunando en una mesita colocada ante la ventana de su *suite* en el Grand Hotel. Bien dormida y descansada, bañada, la espía internacional estaba sencillamente espléndida. Sus ojos eran tan grandes, tan azules, que cabía pensar en la inmensidad del cielo. Y su piel dorada era un resplandor de sol, en aquel día gris de la capital francesa…

—Se ha quedado mudo de admiración, ¿no es así? —Miró maliciosamente Brigitte a Nez.

—Pues… sí. Sí, debo confesarlo. A propósito: ¿cómo está *monsieur* Tomasini?

Por un instante hubo un destello de dureza en los ojos de la divina espía. Luego, apareció la sonrisa.

—Parece que todo el mundo sabe las relaciones entre Número Uno y yo, *monsieur*.

—Todo el mundo, no; sólo los amigos de usted, que nos interesamos por sus compañías, a fin de evitarle cualquier disgusto.

—Ya entiendo. ¿Debo entender que el SDECE ha autorizado que una de mis compañías sea la del *signore* Tomasini?

—Yo personalmente me interesé por esta faceta de su vida. Bien entendido: solamente pensaba en su seguridad personal, Brigitte.

—¿Le parece que estoy segura con Número Uno?

—En lo personal, lo considero un hombre brusco y desagradable, pero es evidente que él jamás le hará daño a usted. Y si a usted le gusta un hombre tan áspero y difícil de tratar, es cosa suya.

—*Monsieur* —lo miró maliciosamente Brigitte—, estoy segura de que entiende usted mucho de mujeres, pero, créame, ¡de hombres no tiene usted ni idea! Bien, ¿qué sabemos hoy? ¡Oh, perdón…! ¿Quiere desayunar conmigo?

—Ya lo he hecho, gracias. Pearson envió un mensaje a primera hora de la mañana. Dice…

—¿A primera hora? ¿Cuál es la primera hora para usted?

—Debían ser poco antes de las siete.

—¿Y viene usted a las diez?

—Me pareció que no debía molestarla tan temprano.

Brigitte estuvo mirando torvamente a Nez. Por fin, encogió los hombros y acabó sonriendo.

—Está claro que ha sido usted considerado, *monsieur*. Pero debió avisarme en seguida. ¿Qué ha dicho John?

—Como es natural, el MI5 estaba interesado por ese aspecto del viaje de Terence Brooks a Furth. Me refiero a la compra de los esquíes. Según parece, no era, ni mucho menos, la primera vez que Terence Brooks iba de viaje a Nuremberg, y siempre, al regreso, traía alguna cosa a su familia…

—¡Un momento, por favor! Naturalmente, Brooks aún no ha aparecido.

—No. Se le está buscando muy discretamente, pero sin resultado.

—Esos viajes frecuentes que hacía a Nuremberg… ¿eran personales? ¿Privados?

—Sí.

—¿Siempre iba solo a Alemania?

—Sí, siempre. Pero traía obsequios a su familia. Tiene un nieto de tres años… Bueno, les compraba cosas a casi todos. Cabe la posibilidad de que esta vez los esquíes fuesen para su hijo menor, un muchacho de diecinueve años. Tiene, además, otro hijo, de veintiuno, y una hija de veintidós, que es la madre del niño de tres años.

—¡Zambomba!, como diría Frankie, ¡pues sí que se casó jovencita esa chica! Volvamos a los regalos: no me diga que el MI5 ha llegado a la conclusión de que Terence Brooks los compraba siempre en el mismo sitio.

—Parece ser que sí; en un centro comercial que hay en el centro de Furth.

—Ya. Un Kauffhoff, ¿no es así?

—Así ha dicho Pearson que lo llaman allí.

—¿Y a qué más iba Brooks a Furth, aparte de comprar algunas

cosas para su familia en el Kauffhoff?

—Que se sepa, a nada más.

—Entonces, no valía la pena trasladarse desde Nuremberg al Centro Comercial de Furth, ¿no le parece, *monsieur*?

—Claro que no. Conozco Nuremberg, y hay de todo allá. Más que en Furth, por cierto.

—Sí… Yo también conozco Nuremberg un poco. Bien…, si en Nuremberg tenía de todo, me parece una tontería que fuese a Furth a hacer sus compras. Por tanto, iba allá a hacer algo más que comprar regalos para su familia en el Kauffhoff. ¿Qué se le ocurre a usted, *monsieur*?

—Quizá iba a vender.

—Interesante respuesta —musitó Brigitte—. Dígame una cosa: ¿saben ya algo más concreto sobre Germain Priely? Por ejemplo: ¿era de origen judío?

—Sí. ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—Por Lydia Zevi. Ella era israelita, y él parecía muy pesaroso por tener que matarme…, bueno, que matarla a ella, ya me comprende usted. Todo esto es realmente extraño, *monsieur*.

—¿Extraño?

—Mire, un hombre llamado Marius, residente en Furth, y que seguramente es alemán, estaba en contacto con Priely, que era de origen judío. ¿Es también judío el tal Marius? Si lo es, vamos a preguntarnos muy seriamente qué hace en Alemania digamos que bien instalado y obedeciendo a un Hochst, a un Supremo. Si no es judío el tal Marius…, ¿qué relación podía unirlo con Priely y, evidentemente, también con Lydia Zevi, que sí eran de origen judío? ¿Y por qué ella, judía, quería matar y mató a Reginald Colman, británico, que estaba siguiendo a otro británico que acudía a comprar regalos para su familia en un Kauffhoff de una ciudad alemana?

—Tal como plantea usted la cuestión, realmente es todo un lío —admitió *monsieur* Nez, sonriendo.

—Hay una cosa que mantiene muy vivo mi interés en esto: Lydia Zevi, sin duda alguna, era una profesional del asesinato. Este detalle da importancia al asunto, ¿no le parece?

—Desde luego. ¿Ha visto los periódicos?

—Estaba esperando que usted me los seleccionase.

Nez asintió y tendió dos ejemplares a Brigitte, que ya había terminado de desayunar. Tomó los periódicos tras encender un cigarrillo, y fue a sentarse en el sofá, seguido por Nez. La historia era básicamente la misma en ambos matutinos: unos agentes del servicio británico, que habían solicitado ayuda a las autoridades francesas, habían presenciado en Orly, la noche anterior, la muerte de un compañero a manos de una mujer, a la que habían herido y seguido después, esperando que los llevaría hacia el núcleo del grupo al que sin duda pertenecía. La mujer, una israelita llamada Lydia Zevi, se había refugiado en una casa de Issy-les-Moulineaux, y los agentes británicos y sus colegas franceses habían decidido esperar a ver qué ocurría. Lo que ocurrió fue que, a la noche siguiente, llegó un hombre que entró en la casa y que salió a los pocos minutos. Cuando se le dio el alto, intentó escapar, y fue abatido a balazos, muriendo instantáneamente. Su nombre era Germain Priely y, al parecer, había ido a la casa de Issy-les-Moulineaux exclusivamente a matar a Lydia Zevi. Esto, en líneas generales, pues los agentes británicos en especial se habían negado rotundamente a facilitar más explicaciones de cualquier clase a los periodistas que habían conseguido meter sus narices en el llamado Asunto Orly.

—Está bien —aceptó Brigitte—. Naturalmente, los periodistas son reconocidos en París.

—Sin duda alguna.

—De acuerdo. ¿Han encontrado algo interesante en el domicilio de Germain Priely?

—Ya lo creo que sí: dos pasaportes falsos, uno alemán y otro británico; cincuenta mil marcos, diez mil libras esterlinas, una libreta con anotaciones que están siendo descifradas… Esto, en cuanto a material que él debía considerar secreto, puesto que lo tenía bien escondido. Aparte, se han encontrado muchas cosas más. Parece que su labor habitual era la de representante de una fábrica de cosméticos de aquí, de París.

—Cuyos propietarios o principales accionistas serán de origen judío.

—Todavía no hemos comprobado eso…, pero supongo que no nos sorprenderemos demasiado cuando nos cercioremos.

Brigitte Montfort estuvo fumando en silencio, pensativa, durante

un par de minutos. Por fin, pareció llegar a un acuerdo consigo misma.

—Tengo aquí mi pasaporte francés a nombre de Monique Lafrance, pero en él aparezco con los cabellos negros. Preferiría conseguir uno en el que apareciese con los cabellos rubios, a fin de que mi auténtica personalidad sea lo más diferente posible a la nueva Monique Lafrance. ¿Cuento con el pasaporte?

—En cuestión de horas, por supuesto que sí —asintió Nez.

—Bien. También necesitaré ropa, maletas, un domicilio digamos acreditado en París…

Capítulo III

Tres días más tarde, mientras los periódicos de la capital francesa comenzaban a olvidar el Asunto Orly, y en los de otros países incluso había dejado de ser una noticia interesante, una hermosa joven de rubios cabellos y ojos claros, de piel dorada y porte sugestivo, llegaba a Nuremberg en avión, procedente de Francfurt y París.

Habían pasado casi ciento veinte horas desde que en Orly fuese asesinado el agente británico Reginald Colman, y casi setenta desde que la asesina de Colman hubiese sido asesinada, a su vez, por un hombre llamado Priely, que había sido muerto en Issy-les-Moulineaux por un grupo de hombres del servicio secreto británico y francés, ante los ojos de periodistas que habían conseguido introducirse en la formación de la trampa de la casa número seis de la rue Robespierre.

Naturalmente, a nadie se le podía ocurrir relacionar a la bella joven recién llegada a Nuremberg con todo el Asunto Orly. Es más, ¿qué era el Asunto Orly y a quién demonios interesaba tal asunto?

Ya en el aeropuerto de Nuremberg quedó comprobado que la recién llegada viajera, llamada Monique Lafrance, hablaba el alemán a la perfección. No el alemán que se aprende en una academia, sino el alemán de quien ha convivido con familiares que lo hablan de origen.

Con su fluido y perfecto alemán, *mademoiselle* Monique Lafrance no tuvo la menor dificultad en Nuremberg, como no las había tenido en el transbordo en Francfurt. Desde el aeropuerto de Nuremberg se hizo llevar directamente a Furth, y en Furth pidió al taxista que él mismo le eligiese un hotel serio y elegante, pero no de los modernos de lujo, tan detonantes.

De todos modos, el taxista no se complicó mucho la vida. O bien, no conocía Furth tan bien como Nuremberg. La señorita

Lafrance, en definitiva, quedó instalada en el Park-Hotel, en pleno centro de la ciudad, en la Rudolf-Breitscheidstrasse, muy cerca del Stadttheater.

En total, se hicieron las cinco de la tarde. Poco después, *mademoiselle* Lafrance salía del hotel, a dar un pequeño paseo, «para situarse». Se situó perfectamente, ya que localizó en seguida el Kauffhoff que, sin duda, era el que andaba buscando. Era un edificio agradable, de tono claro, en cuya fachada tenía un enorme rótulo luminoso, las letras en sentido vertical. En aquellos momentos se hallaban encendidas, y su tono rojo se reflejaba, rutilante, en el húmedo asfalto de la Schwabacher Strasse, en su confluencia con la Friedrichstrasse, formando ambas un ángulo agudo.

Cerca de allí había un café y Monique entró, huyendo de la fría llovizna. Eran poco más tarde de las cinco y media cuando ya se hizo prácticamente de noche. La lluvia arreció. Por entre ella, tras la cristalera donde tomaba un café, Monique continuaba mirando el rótulo rojo, enorme, vertical, que perforaba las tinieblas de la lluvia y parecía esparcir sangre brillante sobre el asfalto.

En el directorio telefónico de Furth constaba el Kauffhoff, naturalmente, con sus diversas secciones y teléfonos respectivos. Brigitte pensó que podían ser como unos Macy de Nueva York, sólo que en pequeño. Bastante más pequeños. Muy bien, allá tenía la mole del centro comercial…, en el cual debía encontrar a un sujeto llamado Marius. ¿Cuántos Marius debían trabajar en el Kauffhoff? Aunque, evidentemente, no debía ser un Marius cualquiera… Sí, evidentemente. No podía ser un Marius cualquiera. Entonces, quizá debía pedir por un Marius que fuese jefe de algo allí dentro…

* * *

—Solamente hay un Marius que sea jefe de algo aquí —le sonrió el jefe de Información de los Kauffhoff, hablando en francés—. Usted está, buscando, sin duda, a *herr* Lind. Marius Lind, jefe de la Sport Laden…, la sección Deportiva.

—Gracias, señor —sonrió la bella rubia—. Muchas gracias. Y gracias, también, por hablar francés.

—Si no hablase francés e inglés, además de alemán, no estaría

ocupando este puesto —sonrió de nuevo el hombre—. ¿Puedo servirla en algo más?

—Pues no… Es decir, sí: ¿qué tengo que hacer para ver a *monsieur* Lind?

—Es muy sencillo —el hombre señaló hacia el hueco alfombrado que había a poca distancia—: la sección Deportiva está abajo y sólo tiene que ir allá y pedir por él. La atenderá en seguida.

—Gracias de nuevo, *monsieur*.

Monique Lafrance se dirigió al hueco y descendió al primer sótano donde, en efecto, estaba la sección Deportiva. Eran las diez y media de la mañana, y había bastante público, atendido por muy serios y debidamente preparados dependientes, uno de los cuales se acercó en el acto a Monique, mientras ésta miraba alrededor. La Sport Laden ocupaba toda la planta inferior del edificio así que era amplia. Estaba muy bien iluminada y magníficamente surtida de artículos deportivos, desde simples dardos para lanzar a dianas de corcho, hasta enormes tiendas de campaña, dos de las cuales se veían al fondo, montadas completamente, sobre césped artificial.

—*Fraulein*…

—¿Qué? —Miró Monique al dependiente, como sobresaltada; pero de pronto sonrió—. ¡Oh, no hablo alemán! Estoy buscando a *monsieur* Lind. *Herr* Marius Lind.

El dependiente comprendió perfectamente esto último y le hizo señas de que lo siguiese. Frente a la ancha escalera que comunicaba el sótano con la planta había algunas puertas y, en un lado, una especie de salita de espera al descubierto desde la que se podía abarcar toda la sección. Monique comprendió que debía sentarse y esperar el regreso del dependiente que fue a llamar a una de las puertas. Reapareció a los pocos segundos y le hizo señas.

Monique fue allá. La puerta de aquel despacho permanecía abierta, así que vio al hombre que acudía hacia allí procedente del fondo, donde estaba la enorme mesa. Aunque quizá menos enorme que el hombre, cuya estatura no debía ser inferior al metro noventa. Sus hombros eran anchísimos, el tórax soportaba tal cantidad de musculatura que se inclinaba un poco hacia delante. Sin embargo, era elegante y sumamente atractivo. Debía tener poco menos de cuarenta años, sus ojos eran oscuros, sus cabellos castaños y largos, su boca grande y sensual, de labios más bien gruesos, pero bien

apoyados por una barbilla sólida, ancha. Un sujeto impresionante que, por supuesto, vestía deportivamente, como correspondía al jefe de la sección Deportiva. Un puesto que debía encajarle perfectamente.

—¡Buenos días…! —saludó sonriendo—. ¿Es usted francesa?

—Sí… —exclamó Monique—. ¡Menos mal que usted también habla francés!

La sonrisa de Marius Lind se amplió. Hizo una seña al dependiente, que se alejó, y luego señaló con el brazo hacia el interior del despacho.

—Pase, por favor, señorita…

Monique entró, esperó a que él cerrase la puerta y entonces dijo:

—Monique Lafrance. ¿Es usted el señor Lind que conoce a Germain Priely?

Un frío destello pasó velozmente por los oscuros ojos de Marius Lind.

—¿Perdón? ¿Cómo ha dicho? —murmuró.

—Ya veo que no es usted. Estoy buscando a un Marius, pero no sabía su apellido. Debo estar mal informada. Arriba, en información, me dijeron que…

—¿Conoce usted a Priely?

—Lo conocía. Digo «lo conocía», *monsieur* Lind. ¿Y usted?

—Es posible. De momento, no recuerdo, pero… quizá lo recordaría si usted me diese más datos.

—Estamos perdiendo el tiempo estúpidamente —dijo de pronto, en alemán, Monique—. ¿Es usted o no es usted el Marius del Kauffhoff que conocía a Priely y conoce a Hochst?

—¿Quién le ha hablado de Hochst?

—Germain.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Me dijo: «Si en alguna ocasión me ocurriese algo ve a Furth, al Kauffhoff de la Schwabacher Strasse, y pregunta por Marius de mi parte. Cuando estés segura de que estás ante él, le dirás el resto».

—¿Cuál es el resto?

—¿Es usted el Marius que…?

—Sí, sí, sí. ¿Cuál es el resto?

—Germain me dio una cosa para que usted la pusiera a disposición de Hochst.

—¿Qué cosa?

—Tengo que estar segura de que usted es Marius.

—Es decir, que tengo que convencerla.

—Así es.

—¿De qué modo?

—Eso no lo sé, *herr* Lind.

—En ese caso, no sé cómo podré convencerla… ¿Cuáles eran sus relaciones con Priely?

—Las normales entre un hombre y una mujer.

—¿Amor?

—Vamos a llamarlo agrado y satisfacción mutua. Le aseguro que el dinero que me daba, de cuando en cuando, no tenía nada que ver para que estuviese muy bien con Germain. Por otra parte, él siempre me decía que cualquier día me necesitaría para algo más que para satisfacerle en la cama y que, si llegaba el caso, quería saber si yo estaba dispuesta a todo. Hacía preguntas así… Un día, cuando yo estaba ya bastante fastidiada de que me preguntase siempre lo mismo, le dije que por él sería capaz de matar, incluso. Y para mi sorpresa, quedó gratamente impresionado. Dijo que muy bien, y que lo tendría en cuenta. Supongo que fue una broma… o algo parecido.

—Seguramente. Es claro, usted no sería capaz de matar, ¿verdad, *mademoiselle* Lafrance?

—Claro que no —sonrió ella.

Marius Lind también sonrió. Los dos sonreían, pero los dos tenían los ojos fríos, inmóviles, como congelados. De pronto, Lind siguió preguntando:

—¿Dónde aprendió el alemán?

—Aquí, en mi patria.

—¿Es usted alemana?

—Desde luego.

—Su nombre…

—Mi nombre es tan falso como mi pasaporte.

—¿Tiene usted un pasaporte francés falso?

—Así es.

—¿Quién se lo facilitó?

—Germain Priely.

—¿Y cuál es su verdadero nombre?

Monique Lafrance volvió a sonreír. Lind sonrió a su vez, los dos igual que antes, siempre mirándose fijamente.

—La verdad es que Germain nunca me habló de usted, Monique.

—Eso lo creo. Siempre me decía que fuésemos discretos y me citaba en sitios absurdos. Parecía temer que le vigilasen o algo parecido. Al principio pensé que era casado y eso me hizo gracia. Naturalmente, le dije que a mí eso no me importaba en absoluto. Él dijo que no se trataba de eso, pero que debíamos vernos con gran discreción. Muchas veces venía a mi apartamento, a pasar la noche, pero ya muy tarde.

—Estoy pensando, *mademoiselle* Lafrance, que tendría que ser usted quien me convenciese a mí de que realmente conocía y convivía con Priely.

—Soy yo quien ha de entregarle algo a usted, no usted a mí, *herr* Lind. Por tanto…

—Quizá yo también podría entregarle algo a usted. ¿Cómo está de dinero? ¿Le ha perjudicado la muerte de Priely?

—Me las arreglaré para salir adelante.

—¿Matando a alguien? —sonrió blandamente Marius Lind.

—¿Por qué no? —rió Monique—. Aunque siempre hay mejores medios para sacarle dinero a un hombre que matarlo, ¿no le parece? Y si he de serle sincera he venido aquí porque pensaba que usted sería generoso, en lugar de fastidiarme con tantas preguntas. Germain me dio a entender que si acudía a usted, mis problemas quedarían resueltos, o poco menos. Y me parece que he cometido una tontería… Ni siquiera me pagará los gastos del viaje, ¿verdad?

Marius Lind seguía contemplando fijamente a la rubia alemana que detentaba un pasaporte francés. De pronto, abrió uno de los cajones de su mesa, metió la mano dentro… y respingó y palideció cuando vio aparecer, como por auténtico arte de magia, aquella pequeña pistolita en la mano derecha de Monique Lafrance.

—Saque la mano de ahí, *herr* Lind…, por favor. Y digo sólo la mano.

—Se está equivocando —susurró Lind—. Iba a entregarle algo de dinero.

—¡Oh! Vaya, en ese caso, puede sacar algo más que la mano, desde luego. Pero si no es dinero, cuente con que recibirá una balita justo entre las dos cejas. Tengo una puntería excelente… De lo más

increíble, se lo aseguro.

—¿Podría demostrar eso?

—Con mucho gusto —alzó más la pistolita Monique—. Ya que es su deseo…

—No, no, espere… —Casi rió Marius Lind—. Eso sería más tarde. Hablemos de dinero, ahora. ¿Cuánto esperaba conseguir?

Sacó un fajo de billetes Alemanes, por supuesto. Los dejó sobre la mesa y miró a Monique que le contemplaba especulativamente. Por fin, Monique deslizó:

—¿Tres mil marcos?

Lind contó una cantidad y la empujó hacia el borde de la mesa.

—Cinco mil marcos. Para usted.

—Empieza a tener usted el mismo estilo que Germain.

—Le aseguro que éramos amigos. Para dejar mejor explicada la situación, le diré que yo era su jefe. Puedo hablarle extensamente sobre Germain Priely, pero espero que usted haya comprendido ya que realmente éramos amigos. Me resistía a admitir mi relación con él, porque no sabía a qué atenerme respecto a usted.

—¿Y ahora sí?

—Creo que bastante bien. En realidad, aparte de pasarlo estupendamente con usted en el terreno personal, no me cabe ya la menor duda de que Germain estaba haciendo con usted una labor de… captación. ¿No será usted de origen judío, *mademoiselle* Lafrance?

Monique Lafrance se envaró un instante.

—Quizá —replicó fríamente.

—Guarde la pistola. Nos vamos a entender muy bien. Ya no van a ser cinco mil marcos, sino diez mil… —empujó otra cantidad hacia el borde de la mesa—. Y ahora…, ¿qué le entregó Germain para mí, que yo debía poner a disposición de Hochst?

Ella vaciló todavía unos segundos. Por fin, dejó la pistolita en el borde de la mesa, a su alcance, y del bolso sacó un paquete, que entregó a Marius Lind. Éste retiró el papel que lo envolvía y se quedó mirando el estuche de piel, del tamaño de un libro corriente. Piel de cerdo, fortísima, bien curada. El estuche estaba cerrado por medio de una pequeña cerradura de acero inoxidable, de apariencia muy sólida. Lind miró a Monique.

—¿No tiene la llave?

—No. Siempre se la quedaba él. A veces me pedía el estuche, se iba al cuarto de baño y, luego, me lo devolvía.

—¿Usted no sabe lo que hay aquí dentro?

—No.

—Yo creo que no es tan difícil abrirlo, sea como fuere.

—Pensé hacerlo cuando supe que Germain había muerto. Pero la verdad es que yo también me había dado cuenta de que él siempre me estaba sondeando, así que pensé que, en determinado momento, se decidiría a hacerme alguna oferta. Tenía que ser importante… Y si habían otras personas, como usted y Hochst, quizá yo cometiese una imprudencia abriendo ese estuche. Podía, incluso, ser una trampa para ver si yo sabría ser discreta…

—¿Sabría usted ser discreta?

—El estuche lo tiene usted, ¿no? Y está sin abrir.

Marius Lind asintió. Provisto de un abrecartas de acero procedió a forzar la pequeña cerradura, en lo que invirtió menos de tres minutos. Por fin, pudo alzar la tapa… Y en cuanto vislumbró su contenido, miró a Monique, alzando solamente las cejas. La vio interesadísima, estirando el cuello en su afán de ver el contenido del estuche. Marius vio en primer lugar los apretados fajos de billetes y permitió que Monique los viese. Cuando vio su expresión de asombro, se dijo que era imposible que fuese fingida: nadie podía ser capaz de fingir tan magníficamente.

—¡Es dinero! —exclamó Monique.

Marius sonrió, y lo fue colocando todo sobre la mesa: los dos pasaportes, las diez mil libras esterlinas, los cincuenta mil marcos, la pequeña libreta con signos extraños… Marius Lind suspiró aliviado y su expresión cambió ya de un modo definitivo cuando miró a la bella rubia.

—Lo único que no acabo de entender bien es que Germain te hablase a ti de mí, y a mí no me dijese que estaba en relaciones con una jovencita tan encantadora. Sólo se me ocurre una solución: que él estuviese muy encaprichado contigo y prefiriese conservarte para… satisfacciones personales en lugar de enviarte ya al Kauffhoff. ¿Dirías que estaba muy enamorado de ti?

—Por lo menos lo parecía. Pero ya le digo que siempre hablábamos de mutua satisfacción, no de amor, *herr* Lind.

—Cada uno expresa las cosas a su manera. Tendrás que dejar de

llamarme *herr* Lind. Voy a ser solamente Marius…, si aceptas trabajar con nosotros. Nunca te faltaría dinero, te lo garantizo.

—¿Qué tendría que hacer? ¿Cuál sería mi trabajo?

—Tiene dos facetas. Una de ellas, ser cariñosa con quienes te señalásemos. La otra, podría ser eliminar a determinada persona en un momento dado. ¿Te interesa?

—¿Tendría que matar?

—Quizá alguna vez. Y no vengas con tonterías: sólo con ver cómo me mirabas antes, sé que has matado antes de ahora. ¿Te interesa o no?

—¿Influye el hecho de que sea o no sea de ascendencia judía?

—Sin la menor duda. Pero las cosas se te irán explicando paulatinamente. Ahora, ven conmigo —se puso en pie y señaló una puerta, a la izquierda de la mesa—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Erika Schenk —musitó Monique Lafrance.

—¿Tienes pasaporte? ¿Puedes probar lo que dices?

—Claro.

—Entonces, ven conmigo. Ya hablaremos luego de pasaportes y demás cuestiones. Tendrás que contestar muchas preguntas, Erika. Pero no te preocupes… Bien, vamos abajo.

Capítulo IV

Marius Lind abrió aquella puerta y salieron a una pequeña habitación en la que había otra, visiblemente correspondiente a un ascensor. Se metieron dentro y Lind pulsó un botón señalado sencillamente con -2; Monique interpretó exactamente que descendían al segundo sótano del Kauffhoff. Recorrido qué les llevó apenas cuatro segundos.

En un instante, Monique Lafrance comprendió que se hallaba poco menos que en un campo de entrenamiento para comandos. Reducido, ciertamente, pero la primera impresión que obtuvo fue ésa. Al fondo habían varias dianas de gran tamaño, algunas de ellas metidas en callejones. Saliendo del ascensor, a la derecha, había otro, que Marius señaló.

—Ése es para el publico en general. Comunica con la planta baja, y, claro, con los demás pisos del edificio.

—¿Qué destino tiene este lugar? —musitó Monique.

—Algunos clientes quieren comprobar sus compras antes de adquirirlas en firme. A veces, los empleados de ventas tienen que hacer aquí abajo demostraciones de cómo se monta una tienda, o cómo se maneja una caña de pescar, o se dispara una escopeta de caza, o una pistola deportiva… Como comprenderás, esta instalación es conocida perfectamente por las autoridades. En un centro comercial como éste, tiene sentido, ¿no crees?

—Sí. Pero… ¿a que está destinado, en realidad?

—Lo irás sabiendo todo. Ah, ahí viene Klaus.

Klaus era un hombre de edad mediana, alto y fuerte, de mirada aguda y cejas espesas, bajo las cuales, sus ojos oscuros parecían estar fotografiando a Monique Lafrance. Había estado atendiendo a un cliente en uno de los callejones de tiro, probando una escopeta. El cliente iba ya hacia el ascensor, acompañado del vencedor de la Sección Deportiva. Pero quedaban varios clientes más ante los

blancos, disparando…

—¡Hola, Marius!

—¡Hola, Klaus! Ella es Erika. ¿Los que quedan son de los nuestros? —preguntó, señalando con la barbilla hacia los tiradores.

—Sí, en el entreno habitual. ¿Algo nuevo?

—Erika Schenk —la señaló Lind—. Amiga de Priely.

Klaus miró con renovado interés a Monique, que sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Priely tenía buen gusto —murmuró Klaus—. Pero no mucha prudencia, según parece.

—Por el contrario, ha resultado que lo estuvo haciendo mejor de lo que pensábamos. De todos modos, tengo que consultar con Hochst sobre Erika, así que voy al último piso. Mientras tanto, pruébala. Ella tiene una pistola en su bolso: que dispare con ella. Pero que pruebe también otras armas… Según dice, dispara muy bien.

—Eso ya lo veremos. Saludos a Hochst.

—De tu parte. Vuelvo en seguida.

Marius volvió al ascensor, y Klaus tomó amistosamente del brazo a Erika, llevándola hacia uno de los callejones de tiro. En total, habían ocho. En cinco de ellos, otros tantos hombres estaban probando armas diversas. Klaus colocó a Erika en el callejón del centro, de los tres que quedaban libres. Los demás tiradores miraban con curiosidad a Erika en cuanto terminaban sus tandas de disparos. Ella también los miró, inexpresivo el rostro. Conocía bien aquella clase de nombres: duros, implacables, dispuestos a todo…, aunque su aspecto general era de personas corrientes, de las que incluso se podía pensar que eran incapaces de matar una mosca. Pero sólo había que ver cómo movían las armas, cómo apuntaban, con qué fría meticulosidad disparaban…

¿Dónde se había metido *mademoiselle* Lafrance? De momento, estaba en un centro comercial que debía ser muy conocido en Furth, desde luego, y donde cientos de madres debían ir a comprar cosas a sus niños, y cosas para ellas mismas, o sus maridos… Era un centro comercial como otro cualquiera. En el primer sótano, la sección de deportes. En el segundo, la galería de tiro… Normal. Todo normal. Pero, mientras mamas con niños compraban juguetes o estuches de colores, o abrigos en las plantas superiores, abajo, algunos hombres

que se mezclaban entre los clientes habituales, se entrenaban a disparar con varias clases de armas, tranquilamente. De lo que no cabía la menor duda era que, en un lugar tan inofensivo como el Kauffhoff, se había instalado una organización que había tenido empleadas a personas como Germain Priely y Lydia Zevi, es decir, personas entrenadas para matar…

¿Habían sido estos empleados del Kauffhoff quienes habían hecho desaparecer al británico Terence Brooks, después de asesinarlo? ¿Qué pretendía, en conjunto y en definitiva, aquella organización?

—¿Hochst se llama así o es un sobrenombre? —preguntó, de pronto, Erika Schenk.

—Lo llamamos así. No hagas preguntas. Déjame ver tu pistola.

Erika la sacó del bolso. Klaus la sopesó, sonrió, y de pronto apuntó hacia la diana y disparó. Plof, se oyó apenas la pistolita. Ahora sí miró sorprendido el arma.

—¿De dónde has sacado esta preciosa mudita?

—La conseguí por ahí.

—Ya. Bueno, veamos qué sabes hacer con ella, realmente. No, no, espera: contra la diana, no.

Había un tablero de mandos eléctricos allí mismo, en la zona de disparo. Klaus pulsó uno de los botones, y la diana desapareció. Apretó otro botón y apareció una silueta de hombre, en negro. Apretó otro botón y la luz de aquel callejón se apagó, quedando iluminada solamente la silueta, por detrás. La distancia era de no menos de veinticinco metros.

—¿Puedo disparar ya?

—Cuando gustes.

Erika alzó la pistolita y disparó tres veces, rápidamente, como sin apuntar. En la silueta negra aparecieron tres puntos de luz que llegaba por detrás: uno en cada ojo y otro entre las cejas. Erika miró a Klaus, que alzó las cejas. Sin decir palabra, fue en busca de más armas. Tres o cuatro minutos más tarde, Erika tenía ante ella, en el mostrador, tres pistolas de diferentes modelos, dos rifles, dos escopetas de caza mayor y una automática ametralladora.

Dos minutos más tarde solamente, Klaus estaba realmente impresionado. Con cada arma, Erika disparó, siempre, tres veces. Y cada vez, Klaus tuvo que hacer venir la silueta por sus pequeños

raíles eléctricos, para ir tapando los tres orificios, siempre en el mismo sitio: los dos ojos y el entrecejo. Con la última arma, la pistola automática, Erika hizo una auténtica exhibición. Cuando Klaus hizo venir la silueta, la vio llena de orificios, pero todavía tardó unos segundos en comprender que no eran orificios efectuados sin propósito alguno, sino que formaban claramente las letras E y S. Erika Schenk.

Detrás de ambos se habían agrupado los otros tiradores, que, tras la sorpresa inicial, contemplaban en silencio a la mujer de los disparos infalibles. Nadie decía nada, ni siquiera Klaus, que finalmente se volvió hacia los otros tiradores y masculló:

—Volved a vuestra ocupación.

Hubo unas últimas miradas a Erika Schenk; luego, cada cual volvió ante su blanco, y continuó disparando. Ni siquiera, dejaron de hacerlo cuando, poco después, descendió a la galería de tiro otro cliente auténtico, acompañado por un vendedor, que portaba una escopeta de caza. Realmente, todo parecía natural allí.

Marius Lind regresó cuando Erika y Klaus, fumando ambos, estaban haciendo comentarios sobre la pistola automática, con el mismo tono en que dos aficionados a la pintura cambiarían impresiones sobre una obra de Picasso, por ejemplo.

—¿Ha ido bien? —preguntó Marius.

Klaus era muy sobrio, así que no se extendió demasiado, ni mostró gran entusiasmo por la habilidad de Erika; pero lo hizo del modo exacto para que Marius Lind comprendiese perfectamente que tenía ante él a una tiradora absolutamente excepcional.

Aprobó con un gesto.

—¡Magnífico! Tú no hablas hebreo, ¿verdad, Erika?

—No.

—Arreglaremos eso. Y en poco tiempo. Ahora, vuelve a tu alojamiento. ¿Dónde estás?

—Cerca de aquí: en el Park-Hotel.

—¡Ah, sí! Buen lugar. De acuerdo. Vuelve allá y espera instrucciones.

—¿Quieres decir que no debo salir del hotel?

—No hay por qué tomárselo tan a pecho. Pero será mejor que siempre estés en tu habitación a partir de las siete de la noche.

—Está bien. ¿Has visto a Hochst?

—Sí, claro.

—¿Qué ha dicho sobre mí?

—En principio, la respuesta ha sido que permanezcas en nuestra esfera de actividades. Lo que no quiere decir que, una vez estudiado tu caso más a fondo, Hochst decidiese prescindir de tus servicios.

Hubo un destello de alarma en los ojos de Erika.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada que deba preocuparte. He querido decir que si no se considerasen convenientes tus servicios en las actividades para las que según parece te estaba captando Priely, seguramente te destinaríamos a hacer contactos con personajes que nos interesan. O en todo caso, se te utilizaría de un modo… didáctico. Hablas perfectamente el alemán y el francés, de modo que…

—También hablo inglés.

—Mejor todavía. Tenemos algunos centros donde una persona como tú sería muy bien acogida, para enseñar idiomas. No te preocupes por nada: de un modo u otro, vas a encajar en nuestro grupo. Has hecho muy bien en venir aquí. Ahora subirás con ese ascensor a la planta, saldrás tranquilamente, y te comportarás como una clienta cualquiera. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Cuándo podré ver a Hochst?

—Estás en lo más hondo del edificio —sonrió, con la buena voluntad de ser amable, Marius Lind—. Tómatelo con calma, Erika: ha de pasar un tiempo antes de que desde el segundo sótano llegues al piso más alto.

—Entiendo. Era sólo curiosidad. ¿Puedo marcharme?

—Sí. Y no olvides lo que te he dicho.

Erika Schenk asintió y se dirigió al ascensor que utilizaban los clientes normales. Así de sencillo. Se metió en la cabina, pulsó el botón de la planta, y segundos después salía a ésta. Se dedicó a deambular por allí, comprando algunas cosas que, en verdad, necesitaba: un par de jerseys, medias, un chaquetón, guantes… Afuera hacía un aire frío y húmedo, más intenso que el de París.

Por supuesto, captó muy pronto las cámaras de televisión que habían en las diversas plantas del Kauffhoff, y tuvo la completa seguridad de que, en aquellos momentos, había en el centro comercial un cliente que estaba siendo objeto de estudios especiales: ella misma.

¿Cómo sería Hochst? Debía estar sentado en su confortable despacho del último piso, contemplando en su monitor de televisión a la amiga de Germain Priely, y quizá, obteniendo conclusiones sobre ella. Conclusiones que podían ser muy peligrosas. Lógicamente, Erika no se hacía demasiadas ilusiones respecto a que Marius, y sobre todo Hochst, se lo hubiesen creído todo. Seguramente, la estarían vigilando algunos días. Muy bien.

Era casi mediodía cuando salió del Kauffhoff, cargada de paquetes; pero el hotel estaba tan cerca que no valía la pena tomar un taxi. Se las arregló para llegar sin grandes molestias, y tras dejar los paquetes en manos de un botones que se encargaría de subirlos a su habitación, fue al comedor. Por la ventana de éste, que daba a la calle, vio al hombre que la había seguido desde el Kauffhoff; estaba en la otra acera, plantado como un pino, pero, y esto la sorprendió, en una actitud tan natural que nadie se debía fijar en él para nada. Nadie excepto ella, que era una profesional, se entiende.

Y el otro, aquel hombre, era también un profesional del espionaje. No un aventurero, como aquellos que había visto en la galería de tiro del centro comercial, sino un profesional del espionaje. Se fijó especialmente en sus facciones y en su modo de vestir, y eso la ratificó en su opinión: aquel hombre no tenía nada característico. Su ropa podía haber sido comprada en cualquier parte, sus facciones eran simplemente arias, su estatura era elevada, pero no sorprendente.

Después del almuerzo, subió a su habitación. Los paquetes estaban sobre la banqueta, cerca de la cama. Tomó el primero de ellos, vuelta de espaldas a la puerta del cuarto de baño, y, con todo disimulo, sacó la pistolita del bolso. Se volvió entonces hacia la puerta del baño y estiró el brazo.

No dijo nada.

Simplemente, esperó.

Cuando apareció el hombre, sonreía. También Brigitte Montfort sonrió, bajó el brazo, y se acercó al inesperado intruso, que se llevó un dedo a los labios, y luego, con el mismo dedo, trazó un círculo hacia el techo. La agente Baby comprendió en el acto, y asintió con un gesto. Su visitante trazó en el aire los números 306, y sin más se dirigió hacia la puerta. Salió en silencio, sin haber hecho el menor ruido, dejando la puerta entornada.

Erika Schenk sabía ya que… mientras ella almorzaba, alguien había colocado micrófonos en su habitación, y que, como fuese, John Pearson, alias Fantasma, los había descubierto. ¿Qué hacía John en Furth, si precisamente la habían llamado a ella para evitar la intervención directa del MI5?

La rubia Erika sabía muy bien lo que tenía que hacer. Se probó los jerseys, hizo ruido con los envoltorios de los paquetes, abrió y cerró las puertas del armario, incluso dando golpes, pero sin exagerar; luego, en el cuarto de baño, se limpió los dientes, asegurándose de que se oía con fuerza el correr del agua. Finalmente, regresó al dormitorio, y se tendió con fuerza en la cama.

Estuvo así un par de minutos. Luego, salió de la cama, recogió del suelo sus zapatos, y, sin hacer el menor ruido, se dirigió hacia la puerta. Salió al pasillo, dejó la puerta entornada de nuevo, y caminó descalza hasta la escalera. Se puso los zapatos, subió al tercer piso, y poco después estaba ante la puerta 306, que se abrió en el acto.

Entró, se colgó del cuello de John Pearson, y le besó afectuosamente en los labios.

—Creí que el MI5 no quería intervenir —sonrió.

—Directamente, no. Gracias por ayudarnos, Brigitte.

—¡Oh, John, qué tonterías dices…! ¿Estás alojado aquí?

—Yo, no. Uno de mis hombres, venido a propósito desde Estocolmo, sólo para que tengas ayuda cerca. ¿Estás bien? ¿Todo va bien en tu vida, Brigitte?

—Sí. Gracias, John. ¿Y tú?

—Lo mismo de siempre. Trabajando tanto que nunca tengo tiempo de pensar en el amor que nunca tendré. Al menos, lo intento.

—John, tú sabes…

—Vamos a hablar de espionaje —sonrió Pearson—, que en ese terreno siempre nos hemos entendido magníficamente. Te estaba esperando en tu habitación, cuando oí en la puerta unos ruiditos que me hicieron comprender que alguien que no eras tú quería entrar… ¿Dónde dirás que me escondí?

—Mmmm… ¡Debajo de la cama!

—En efecto —refunfuñó Pearson; pero sonrió cuando Erika se echó a reír—. Bueno, realmente, tiene gracia. El caso es que estuve

viendo los pies de un hombre mientras andaba de un lado a otro. Creo que te ha colocado tres «orejitas mágicas», así que ten cuidado.

—De acuerdo. Y si dejas de abrazarme, podremos sentarnos cómodamente los dos.

John Pearson besó a Erika Schenk en la punta de la nariz, y la llevó hacia un sillón. Él se sentó en el borde de la cama, encendió dos cigarrillos y le ofreció uno.

—¿Para qué me esperabas en mi habitación? —inquirió la rubia Erika.

—Desde hace cuarenta y ocho horas estamos tomando película de la gente que entra y sale del Kauffhoff. Es una labor muy ingrata, pero, considerando que Terence Brooks desapareció en Furth, y que había estado aquí, y, en fin, todo eso que sabemos los dos, nos pareció que por algún sitio debíamos empezar a apoyar tu trabajo personal. Esta mañana me han llegado las primeras fotografías con identificaciones, y me pareció que debías verlas.

—Me parece que me tienes reservada una mala noticia.

Pearson sacó un sobre y se lo tendió.

—Como es lógico, miles de esas personas son completamente desconocidas para nuestra Sección de Identificaciones Extranjeras… Quiero decir, que son simples ciudadanos alemanes que van al centro comercial a hacer sus compras. Sin embargo, en Londres han separado las fotografías de cuatro personas que nos resultan conocidas… Me refiero, claro está, dentro de nuestras actividades, o bien, en actividades que las convierten en personas fáciles de identificar. Te he numerado las fotografías. Están ampliadas, por supuesto.

—¿Estáis seguros de que en el Kauffhoff no se han dado cuenta de que estáis tomando fotografías?

—Olvídalo. Lo estamos haciendo bien. Examina la fotografía del sujeto número 1: se llama Tor Olsenson, es sueco, tiene cincuenta y dos años, casado, sin hijos; en estos momentos está considerado como uno de los consejeros económicos más importantes del Gobierno sueco. El sujeto número 2, es un alemán; se llama Walter Fochertt, tiene cuarenta y seis años, soltero, con una cierta fama de homosexual, no comprobada; habitualmente su labor profesional consiste en llevar el control numérico de los hombres y armas de la República Federal en su relación con la OTAN. El tercer personaje

es una mujer… ¿Te sorprende?

—Todavía no lo sé. ¿Quién es?

—Estuvo en un tris que se nos escapara: es la esposa de un político francés de cierta importancia llamado Jean Jacques Diderot. Una noticia de última hora me informó de que *monsieur* Diderot se halla enfermo, aquejado de gripe, en su casa de París.

—¿Y su esposa ha venido a Furth, al Kauffhoff?

—Evidentemente. El cuarto personaje…

Brigitte Montfort, que había ido mirando las fotografías a medida que iba recibiendo el informe verbal por parte de Pearson, se quedó mirando la cuarta fotografía. Correspondía a un hombre de algo más de cuarenta años, de rostro enérgico e inteligente, cabello muy corto, mirada apacible y serena, como la de un felino en reposo. Baby se dio cuenta de que Pearson permanecía en silencio, y lo miró sorprendida.

—¿El cuarto personaje…? —musitó.

—Se llama Robert Dewitt, norteamericano.

Erika Schenk se pasó la lengua por los labios.

—¿De la CIA? —susurró.

—Sí. Está destinado en Madrid desde la muerte del general Franco. Antes, operaba en la zona de Buenos Aires, según parece. De esto no estamos muy seguros.

—Pero sí estáis seguros de que es de la CIA.

—Si no fuese así, no te lo diría.

—Está bien. Pero no sabéis a qué ha venido toda esta gente a Alemania, es decir, concretamente al Kauffhoff de Furth.

—No. Eso lo tendrás que averiguar tú. Con el debido cuidado.

—Me han dicho que me limite a esperar. Si ellos no hacen algo pronto, yo no esperaré. No me gusta perder el tiempo, John, ya lo sabes.

—Sí. Dime exactamente cómo te han ido las cosas por ese interesantísimo centro comercial.

Fue cuestión de cinco minutos escasos que John Pearson quedase al corriente de la visita de Erika Schenk al Kauffhoff. El británico estuvo reflexionando unos segundos sobre la información, antes de mover la mano como quien espanta un insecto.

—Es una tontería que yo pierda el tiempo pensando en lo que puede ser todo esto, ya que tú te enterarás. Mientras tanto, ten

mucho cuidado, y recuerda que siempre habrá un hombre en esta habitación esperando cualquier indicación tuya… Es una lástima que no hayas podido ver al supremo, a Hochst… Seguramente, nos llevaríamos una sorpresa si enviásemos su fotografía a los archivos del MI5 y de la CIA. Y hasta del SDECE. ¿No ha dicho Marius Lind nada que pueda darle una pista sobre la personalidad de Hochst?

—No. Haré lo posible por conocerlo cuanto antes.

—Mientras tanto, nosotros seguiremos con la película de los clientes del centro comercial. Va a ser todo un largometraje.

—No demasiado —negó Erika Schenk—: ya te he dicho que a mí no me gusta perder el tiempo. Mi paciencia llegará pronto a un límite. John: cuídate.

—Lo mismo digo —murmuró Pearson, correspondiendo al besito de Baby—. No me gustaría que Número Uno viniese a pedirme cuentas de tu muerte.

Se miraron fijamente un instante, y los dos sonrieron. Ambos sabían que John Pearson no temía a Número Uno ni a nadie, y que si ella era asesinada por el grupo del centro comercial, la pena del británico sería tal que le importaría bien poco lo que pudiese sucederle a manos de Número Uno o de cualquiera. Y ambos sabían, también, que Número Uno era demasiado inteligente para molestar a John Pearson por lo que pudiese ocurrirle a Brigitte en algún asunto, en el que ella se habría involucrado voluntariamente.

Brigitte se besó la punta de tres deditos, y los puso sobre los labios de Pearson.

—Ya nos veremos…

Él asintió, en silencio. La rubia Erika Schenk salió de la habitación, y regresó a la suya, entrando silenciosamente. Poco después, estaba de nuevo tendida en la cama, y dispuesta realmente a dormir una breve siesta.

Marius Lind fue muy considerado en verdad: Cuando la llamó por teléfono, ya había descansado más que suficiente.

Capítulo V

Hacía unos minutos qué había anochecido cuando, siguiendo las instrucciones de Marius Lind, Erika llegó a la estación del ferrocarril en la Gebhardtstrasse, bien arrebujada en su flamante abrigo comprado en París. Se orientó rápidamente, y, siempre siguiendo instrucciones, fue a uno de los puestos de librería, donde compró tres o cuatro revistas, que guardó en su maletín rojo con florecillas azules.

Hecho esto, y cuando parecía que ya iba a alejarse del puesto, se quedó observando la portada de otra revista, muy interesada. El frío era intenso, las luces daban a todo una lividez desconsoladora; afuera, en los andenes, había una ligera niebla…

—¿Has venido preparada?

Erika Schenk volvió la cabeza sólo lo justo para identificar a Marius Lind por algo más que la voz. En efecto, era él.

—Sí.

Lind estaba alzando el ángulo inferior de una revista, como consultando su contenido. Era una de las revistas colgadas ante los dos, y nadie podía pensar que estaban conversando.

—Voy a dejar caer al suelo un sobre oscuro —dijo Lind—. Contiene la reserva de un compartimento del tren que saldrá a las diecinueve veintidós de esta misma estación con destino a Munich. Te instalarás en ese compartimento. En él; te visitarán dos de los nuestros… He seleccionado a dos de los que viste esta mañana en el Centro, con el fin de que los identifiques enseguida y no desconfíes de ellos. ¿Llevas encima los dos pasaportes?

—Sí.

—Cuando te alejes de aquí, deja caer el verdadero, el que está a nombre de Erika Schenk: queremos examinarlo. Mientras tanto, tú estarás de viajé hacia Munich.

—¿Qué tengo que hacer en Munich?

—Nuestros dos compañeros te lo dirán. Si no te ves capaz de hacerlo, dilo, y ellos lo harán. Pero no digas que puedes hacerlo y luego no te atrevas o lo hagas mal por nerviosismo o miedo. ¿Está esto bien claro, Erika?

—¿Tengo que matar a alguien? ¿Ya?

—No estás obligada a obedecer. Sólo se trata de saber de lo que eres capaz y en qué cometido puedes sernos más útil, para asignarte un puesto definitivo, cuanto antes.

—Me estáis poniendo a prueba, eso es todo… ¿Verdad?

—¡Buena suerte! —le sonrió Marius Lind.

Se alejó. En el suelo estaba el sobre de color oscuro. Erika se inclinó, lo recogió, y lo guardó en un bolsillo del abrigo, del cual sacó un billete. Compró la revista cuya portada había estado, observando, y luego se colocó a un lado del puesto de librería, para abrir el maletín y guardar también allí la revista… Antes de cerrar el maletín, el pasaporte de Erika Schenk cayó al suelo, pero la rubia no se dio cuenta.

Se dirigió hacia el gran tablero luminoso con los horarios de los distintos trenes. Una vez allí, volvió la cabeza con disimulo, a tiempo de ver a un hombre recoger el pasaporte y alejarse rápidamente. Volvió a mirar el tablero: efectivamente, a las diecinueve veintidós salía un tren con destino a Munich.

Tenía tiempo de cenar tranquilamente en cualquier restaurante cercano a la estación.

* * *

El tren salió a las diecinueve veintidós en punto. En un compartimento, Erika Schenk, sin pasaporte a este nombre, y por tanto, dispuesta a utilizar la personalidad de Monique Lafrance, se disponía a viajar sola.

Es decir, hasta que sus dos compañeros del Kauffhoff la visitasen.

El tren que se formaba en Furth pasó pocos minutos después por Nuremberg, donde, naturalmente, hizo parada, para recoger más pasajeros de los que había tomado en Furth. Luego, prosiguió su marcha hacia el Sur: Eibach,. Reichelsdorf, Wolkersdorf… En Schwabach, el tren se detuvo, apenas quince minutos. Luego

prosiguió su marcha, siempre hacia el Sur, pasando muy pronto por debajo de la formidable autopista E-12. Alrededor del tren se veían luces lejanas…

Sonó la llamada a la puerta del compartimento, que Monique había cerrado por dentro.

—¿Quién es? —preguntó tras la madera forrada de formica.

—Somos del Centro.

Abrió. En efecto, reconoció en seguida a los dos hombres; aquella mañana habían estado admirándola mientras disparaba con la automática. Ellos entraron rápidamente, y Monique volvió a cerrar.

Uno de ellos se frotó las manos enérgicamente y sonrió.

—Se está bien aquí. ¡Maldita sea, no me acostumbro a climas como éste!

Hablaba muy bien el francés. Monique le sonrió y señaló el asiento-cama. El hombre se sentó junto a la ventanilla, y el otro en el extremo opuesto, o sea que ella tuvo que hacerlo entre ambos. Naturalmente, se había quitado el abrigo, de modo que su cuerpo espléndido quedaba bien moldeado por el vestido; al sentarse, la falda subió, dejando al descubierto la perfección de las doradas rodillas y casi la mitad de los muslos. El hombre que había hablado puso una mano sobre la piel de seda, y cuando Monique lo miró vivamente, sonrió.

—Yo soy Jean, francés. Él es Helmutt, alemán. Generalmente, a menos que uno sepa varios idiomas, viaja acompañado, con el fin de poder afrontar cualquier imprevisto.

Monique miró la mano sobre su carne, luego miró a Jean, y sonrió.

—¿Tú no hablas alemán?

—Un poco. Tengo entendido que si tú no sirves para lo que vamos a hacer, es posible que te utilice en idiomas. A lo mejor, vas a ser mi maestra.

—A lo mejor. ¿Helmutt no habla francés?

—Con cierta dificultad. Pero lo entiende perfectamente, y se las arregla para que lo entiendan a él.

—Bueno, como de todos modos no vamos a Francia… ¿O Sí?

—No, no. Vamos a Munich.

—¿Y qué tenemos que hacer allí? Estoy impaciente por saberlo.

—Lo sabrás antes de llegar, no te preocupes. ¿Te molesta mi mano sobré la pierna? La tengo muy fría, me parece.

—Así es. Pero no me molesta, Jean.

—Eres una chica amable. Y estás muy cachonda, de veras. Oye, ¿cómo debemos llamarte? Marius dice que…

—Monique. Así no complicáremos el asunto, ya que en estos momentos viajo con pasaporte francés a nombre de Monique.

—Claro. Helmutt y yo hemos estado conversando sobre ti, antes de venir al compartimento. Nos gustaría acostarnos contigo.

—Bueno —sonrió Monique—, no me parece que éste sea el momento, Jean.

—Quizá tengas razón. Aunque, ¿cuál es el mejor momento sino ahora? Dentro de un minuto podemos estar muertos todos, por un enemigo del Centro que nos acribille a los tres…, ¡yo qué sé! Miles de cosas, ¿no te parece?

—Esperemos que no ocurra nada.

De pronto, Helmutt giró para quedar más de frente a ella, y, sin más aviso, metió la mano izquierda por el escote del vestido. Monique respingó cuando la fría mano asió su seno derecho, estrujándolo.

—¡Estáte quieto! —exclamó—… ¡No tengo ganas de esto ahora!

—Deberías ser más amable con nosotros —refunfuñó Jean—: a fin de cuentas somos compañeros que vamos a jugarnos la vida en tu compañía, Monique. ¿Qué tiene de malo un poco de amor, antes?

—No sé… Nada. Desde luego, nada. Pero tenéis las manos frías… ¡Vamos, Helmutt, deja de tocarme el pecho! Jean, quita la mano de ahí… ¡Jean, no!

Jean emitió una risita, dio un tirón y su mano reapareció, con los destrozados pantaloncitos. Helmutt farfulló algo, bajó la ropa del hombro de Monique dejando al descubierto el pecho, y se inclinó a besarlo…

—Por favor… —gimió ella—. ¡Por favor! ¡No podría soportarlo, con dos a la vez! ¡Helmutt, no…! No, por favor… Estáis estropeándolo todo… ¡Los dos a la vez, no!

—Espera… —jadeó Jean—. ¡Helmutt, espera! Parece que Monique nos va a complacer, pero tiene que ser de uno en uno. ¿No es así, Monique?

—Sois un par de bestias… —farfulló ella—. ¡Desde luego,

informaré de esto a Marius!

—¿Acaso no te gusta hacer el amor?

—Me gusta cuando se hace bien, no a lo bestia, como lo estabais iniciando vosotros. ¡No me gusta que…!

—¡Cálmate! Además, tienes razón. Helmutt, sal del compartimento, y vuelve dentro de… media hora. ¿Está mejor así, Monique?

—¿Acaso tengo otro remedio? Si no os complazco os vais a poner pesadísimos, y estaríais distraídos cuando tuviésemos que trabajar… Está bien, Helmutt, vuelve dentro de media hora. O menos: no vamos a pasarnos el viaje haciendo lo mismo, supongo.

Helmutt refunfuñó algo, pero salió del compartimento. Monique cerró la puerta tras él, y se volvió hacia Jean, que se estaba quitando los pantalones, y la miraba con ojos brillantes.

—Sería mejor que te desnudases… —dijo, con voz ronca—. Tu cuerpo debe ser precioso, Monique. Ven. Ven, te voy a…

Ella se acercaba, sonriendo ceñudamente, como quien decide, que, a fin de cuentas, tampoco hay por qué rechazar un momento que puede resultar agradable. Parecía que se iba a desabrochar más la ropa, pero, de pronto, su mano derecha se cerró, fue hacia atrás, y partió hacia delante, con seco crujido de aire. Los nudillos superiores de los dedos índice y corazón golpearon la punta de la barbilla de Jean, rompiéndola y rompiendo también, por percusión, la base del cráneo del francés. Éste, que tenía los pantalones y los calzoncillos todavía en la mano derecha, cayó hacia atrás, con los ojos en blanco, instantáneamente muerto. Su cabeza chocó contra el cristal de la ventanilla, rebotó, cayó de rodillas, y luego de bruces, ante los pies de Monique Lafrance.

En aquel momento se oyó el agudo silbido del tren. Monique se apresuró a bajar la cortinilla de la ventanilla, de modo que no podía ver el exterior…, ni desde el exterior podían verla a ella, suponiendo que eso fuese posible, a tal velocidad. A los pocos segundos, se cruzaron con otro tren…

Le puso los calzoncillos y los pantalones a Jean. Luego, lo colocó tendido boca abajo en el asiento-cama, y le quitó la pistola. Tras vacilar, volvió a colocarla en la funda de Jean. Se sentó en el borde del asiento, y encendió un cigarrillo, impávida. Terminó de fumar, siempre pensativa, y metió la punta del cigarrillo en el cenicero.

Miró su relojito.

«Estoy perdiendo el tiempo».

Se puso en pie, fue hacia la puerta y abrió. Se asomó al pasillo. Helmutt estaba allí fumando. Al verla, puso cara de sorprendido. Monique le hizo una seña, y Helmutt dejó caer el cigarrillo, lo aplastó y entró en el compartimento. Primero vio a Monique, que tenía el maletín abierto ante ella, apoyado en la pared. En seguida vio a Jean, tendido, y exclamó:

—¿Qué pasa? ¿Qué le ha ocurrido a Jean?

—No lo sé. Se ha desmayado. Estoy buscando en mi maletín algo que…

Helmutt se había precipitado ya hacia su compañero del Centro. Lo asió por la ropa y le dio la vuelta. Vio la expresión de su rostro, los ojos en blanco, la barbilla hundida… Puso una mano sobre el corazón de Jean, por encima de la camisa. Y se volvió hacia Monique, atónito.

—Está ni…

Monique le estaba apuntando con una pistola. Helmutt había visto aquella pistolita por la mañana, sobre el tablero de armas del callejón donde había estado disparando ella. Recordó la puntería increíble de aquella mujer que le contemplaba ahora con ojos de hielo… Y Helmutt no pudo terminar la frase, ni tragar saliva. En realidad, su boca quedó seca.

—Yo era quien debía morir en este viaje, ¿verdad? —preguntó fríamente Monique.

—No… No…

—Sí. Marius y Hochst desconfían de mí, y han pensado que lo mejor, lo más sencillo, es eliminarme. Así que me meten en un tren, me envían a dos bestias para que hagan conmigo lo que quieran, incluido matarme, antes, de llegar a Munich, y asunto resuelto. ¿No es así? ¡Dime la verdad, estúpido!

Helmutt consiguió tragar saliva.

—Sí… Así ha sido, sí… ¡Pero no dispares, yo no te…!

Plof.

Si Helmutt hubiese continuado con vida habría comprobado que Erika Schenk sin duda alguna, disparaba magníficamente y que aquella mañana no había sido casualidad que sus disparos acertasen siempre en el entrecejo de la silueta, ya que también a él la balita la

acertó en el entrecejo.

Capítulo VI

Fruncido el entrecejo, Marius consultó una vez más su reloj de pulsera. Luego; dirigió una inquieta mirada a los dos hombres que le acompañaban, a tan altas horas de la noche si se consideraba su horario normal de trabajo, en el piso alto del Kauffhoff.

—Son las once y media —masculló.

Los hombres que le acompañaban eran Klaus y Dieter. El primero, preparador de armas de los hombres del Centro. Dieter era el jefe de Contabilidad del Kauffhoff; un hombrecillo menudo, pálido, delgado, casi transparente, que llevaba gafas y vestía con una corrección tan impecable y siempre tan bien planchado que parecía un maniquí.

Estaban los tres en la Sección de Contabilidad, en el piso alto, en el último. Alrededor de ellos, todo era cristal, de modo que veían toda Furth, iluminada. A lo lejos destellaban con monotonía algunos anuncios luminosos. Dentro de la Sección, el silencio era total. Las modernas máquinas estaban inactivas, los ficheros cerrados, las calculadoras desconectadas. Ocupando el único espacio que tenía pared de cemento en el centro de una de las alargadas cristaleras, estaba el gran cerebro electrónico. Junto a éste, la puerta de un despacho privado, cerrada.

—¿Quieres que llame yo a Munich? —propuso Dieter.

—Seguramente no servirá de nada —intervino Klaus—: ese tren ha llegado ya hace rato, así que los nuestros de allá no podrían enterarse de nada. Pero yo opino que si Jean y Helmutt no han llamado es porque no han llegado a Munich.

—Pero el tren sí ha llegado.

—Sin duda. Y de eso debe hacer más de hora y media… No. Pongamos una hora.

—Si el tren llegó hace una hora a Munich, Helmutt y Jean han tenido tiempo de sobra de comunicarse con los de Munich, que nos

habrían avisado, conforme a lo acordado.

—Creo que yo debería llamar a Munich —insistió Dieter.

—Está bien: hazlo.

Dieter envió el mensaje a Munich por medio del telex. La respuesta inmediata fue que no sabían nada de los dos hombres que debían haber comunicado con aquella sucursal la terminación de un trabajo. Dieter pidió entonces que comprobasen la llegada del tren indicado, y que esperaban una respuesta definitiva antes de las doce de la noche. La respuesta llegó exactamente a las veintitrés cincuenta y siete: el tren indicado había llegado sin novedad a Munich hacía más de hora y media, los dos enviados seguían sin aparecer, y ellos pedían permiso para abandonar el servicio.

Klaus y Dieter se quedaron mirando a Marius, que de nuevo tenía fruncido el ceño.

—Quizá deberíamos consultarlo con Hochst —dijo Klaus.

—No. No vamos a movilizarlo por eso. Tiene que haber una explicación sencilla… Esperaremos hasta las ocho de la mañana. Diles a los de Munich que nos comunicaremos con ellos a esa hora. Hasta entonces, vamos a descansar todos.

* * *

Entró en su apartamento, encendió la luz, cerró la puerta y se fue directo al saloncito. La luz que encendió fue la de una lámpara de pie de un rincón, donde tenía el bar. Se sirvió un trago de *whisky*, se dejó caer en un sillón, y se quitó los zapatos utilizando sólo los pies.

La verdad era que estaba preocupado. Días atrás, lo de Terence Brooks, y el maldito inglés que lo había estado vigilando. Luego, el percance de Orly. Sí, el inglés había sido eliminado por Lydia Zevi, la ejecutora de París, pero ella también había tenido que ser eliminada por Priely, y éste había muerto a manos de los agentes secretos franceses e ingleses.

—La culpa de todo la tiene el maldito Brooks: si los ingleses se fijaron en él, últimamente, tuvo que ser porque hacía las cosas mal, porque cometió imprudencias, quizá cegado por la codicia de conseguir muchas cosas para el Centro. Así que cuando se vino para aquí le enviaron detrás a un agente especializado. Y desde luego, le tuvo que ver visitando el Centro… ¿Habrán sacado algo en claro los

ingleses? Si ellos se ponen a pensar, mal asunto. A fin de cuentas, los ingleses son quienes nos enseñaron a todos a espiar. Si sus conclusiones…

De pronto, Marius Lind dejó de pensar.

Fue como si esta facultad se apagase, igual que se apaga una bombilla accionando un interruptor.

Quedó con el cerebro en blanco, y fue alzando la mirada, y ladeando la cabeza, muy despacio, hacia el hueco del pasillo que conducía a los dormitorios y los baños. Tenía la impresión de que su cabeza había quedado hueca. Y a esa impresión se unió el frío, un súbito frío tremendo que le estremeció, al verla allí, en el umbral del pasillo, apuntándole a la cabeza con su pistolita.

—Erika…

—No te muevas.

—No… No lo haré.

Ella se acercó por detrás al sillón y palpó las ropas de Marius, para asegurarse de que no llevaba armas. No llevaba, así que, ya menos tensa, volvió a colocarse ante él.

—Deja el vaso sobre la mesita. Luego, apóyate bien en el respaldo del sillón, y pon las manos colgando fuera… No, no, así, no. Quiero decir los brazos tuyos por fuera de los brazos del sillón, con las manos colgando hacia el suelo… Eso es. A partir de ahora, si tus manos abandonan esa posición un instante, dispararé.

Erika se sentó en el otro sillón, se inclinó y tomó el vaso de *whisky* con la mano izquierda. Bebió un sorbito y comentó:

—Es bueno.

—¿Qué haces aquí? ¡Deberías estar…!

—¿… En Munich? —cortó ella, sarcástica.

—Sí… Sí, naturalmente, en Munich.

—¿Quieres que te destroce las rodillas a balazos, Marius?

—No.

—Entonces, dime por qué ordenaste a Jean y Helmutt que me matasen.

—¿Dónde están ellos?

—Muertos. Los tiré a los dos por la ventanilla del compartimento, a la vía. Seguramente tardarán mucho en encontrarlos, pues lo hice entre dos pueblos. Desde luego, no los encontrarán antes de que sea de día. Luego, depende de si a algún

pasajero se le ocurre ir mirando por la ventanilla. Quizá los encuentren hoy mismo, quizá mañana o pasado… Es imprevisible.

—Tienes que decirme dónde los tiraste, para avisar que pasen a recogerlos. No podemos permitirnos que las autoridades encuentren sus cadáveres, Erika.

—¿Por qué no?

—Porque no nos interesan las investigaciones. Y menos, en momentos como éste. Todo está muy complicado debido a lo que pasó en París.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo. Sólo sé que me engañaste, que me metiste en un tren para que un par de bestias disfrutaran sexualmente conmigo y luego me asesinasen. ¿Es cierto o no es cierto?

—Es cierto.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Mi pasaporte alemán no te convence? ¿Crees que te he mentido en algo? ¿Tienes algo personal contra mí? ¿No confías en la mujer que Germain Priely amaba y, como bien sabes, quería captar? ¡Quiero saber por qué querías que me matasen aquel par de bestias asquerosas!

—Tranquilízate. ¿Tú nunca te has equivocado?

—Desde luego. Y una de mis mayores equivocaciones fue venir aquí como una estúpida, por fidelidad a Germain, en lugar de abrir aquel estuche y quedarme con el dinero.

—No lo abriste porque tenías miedo de que eso te comprometiese si Germain nos había hablado de ti y del estuche… —sonrió Marius, que comenzaba a tranquilizarse, al comprender que el diálogo había sido admitido—. No por fidelidad a nadie.

—¡Está bien, pero te lo traje, tal como él me pidió! ¿Eso me hacía merecedora de ser violentada y asesinada por dos cafres? ¡Los muy cerdos…! ¡Sus manos asquerosas…!

—Cálmate, por favor, Erika.

—¡Oh, sí! Voy a calmarme. Y muy calmada, te voy a meter una bala en la cabeza, Marius.

—¿Por qué habrías de hacer eso?

—¡Linda pregunta! Pues para evitar que tú vuelvas a ordenar que me maten a mí.

—No fue una orden mía, sino una decisión de Hochst. No estamos en condiciones de, confiar en nadie.

—De acuerdo. Yo tampoco puedo confiar, ¿verdad?, así que te voy a…

—Las cosas han cambiado, Erika. Déjame que consulte por la mañana con Hochst. Si estoy vivo, y tú has venido a pedirme cuentas, es que eres de los nuestros… Hochst tendrá que comprender a Helmutt y Jean, comprendiendo que desconfiábamos de ti, en lugar de venir a pedirme explicaciones.

—¿Todo eso quiere decir que ahora sí confías en mí?

—Desde luego.

—Estás como una cabra… —masculló Erika—. ¡Y soy yo quien no confía ahora en que tú confíes en mí! ¡Me estás engañando, para evitar que te mate! ¡Y no estoy dispuesta a dejarme engañar otra vez!

—Vamos, sé consecuente. Si sólo quisieras seguridad o venganza, no estarías aquí. Habrías huido o me habrías matado abajo, en la calle, en lugar de molestarte en buscar mi nombre en la guía telefónica, y entrar clandestinamente en mi apartamento… Vamos, sé juiciosa, Erika. ¿Te parece que volvamos a empezar?

—Me gustaría saber qué opinaría Hochst al respecto.

—Mañana lo consultaré, pero ya no debes preocuparte.

—¿Ni siquiera después de matar a esos dos puercos?

—Ni siquiera así. Y ahora dime dónde los tiraste fuera del tren, si lo recuerdas… ¡Y tienes que recordarlo, para enviar un grupo a recoger los cadáveres!

—Quiero saber en qué lío me he metido esta vez, quiero saber qué es lo que está pasando exactamente, Marius.

—Deja que mañana consulte con Hochst, y si él lo autoriza, te pondré al corriente. Ahora dime dónde están Helmutt y Jean.

Erika Schenk todavía titubeó de modo convincente un poco más, pero acabó por complacer a Marius, qué se apresuró a llamar por teléfono y dar las instrucciones adecuadas para que los cadáveres fuesen buscados y retirados, asegurando que no admitiría de ninguna manera la noticia de qué no los habían encontrado. Tenían que encontrarlos y retirarlos, eso era todo.

Colgó el teléfono, y soltó un resoplido.

—Esperemos que los encuentren antes del amanecer. ¿Todavía estás pensando en matarme? —sonrió, señalando la pistolita de Erika.

Ella sonrió, como de mala gana, y deslizó la pistolita en el escote, aunque todavía observando no muy convencida a Marius.

—Si ahora me atacas, me lo habré merecido, por estúpida.

Marius Lind volvió a sonreír, y se acercó a ella. Se quedó mirándola, con una expresión mezcla de simpatía y perversidad.

—No me extraña que Helmutt y Jean quisieran utilizarte sexualmente. Eres muy hermosa, Erika… Yo mismo, en estos momentos, estoy pensando…

—¡Oh, no…! —exclamó ella, poniéndose en pie—. ¡No!

—¿Por qué no?

—Por el cielo… ¡Los hombres sois repugnantes, Marius! Acabo de salir de un apuro que, podía haberme costado la vida, y que ha dejado mi erotismo seco para un mes, y lo primero que se te ocurre decirme es que estás pensando en poseerme… ¡Ya está bien!

Riendo, Marius Lind puso sus manos sobre los hombros de Erika.

—Quizá tengas razón… —admitió—. Pero no me gustaría que tu erotismo estuviese seco tanto tiempo. ¿De verdad no podrías…?

—No. Esta noche, no, Marius, de verdad. Ni siquiera a ti te parecería que habría valido la pena. No sé si me comprendes…

—Desde luego que sí. ¿Mañana?

—No sé. Además, ¿acaso es obligatorio que me acueste contigo?

—Pues…, no. No.

—¡Entonces, déjame en paz, y yo te diré cuándo quiero que hagamos el amor!

—Quizá entonces no me venga de gusto a mí.

Erika Schenk se quedó mirándolo sorprendida. De pronto se echó a reír.

—¡Eso ya lo veremos, Marius! ¡Ya veremos si cuando yo me proponga llevarte a la cama tú puedes decir que no! Me bastará mirarte para que vengas como un perrito, con la lengua fuera…

—¿Tú crees?

—¡Serías el único hombre que…! ¡Oh, tonterías! ¿Puedo marcharme a mi hotel?

—Será lo mejor.

—¿A qué hora veré mañana a Hochst?

—Él te verá a ti.

—¡Oh, bueno! Ya sé que con las cámaras de televisión que tenéis en todo el centro para vigilar a los clientes ladronzuelos, él tiene

que haberme visto ya. Pero si tenemos que conversar sobre…

—Ya veremos. Tú ve al centro hacia las diez de la mañana.

—Está bien. Y no estés enfadado conmigo, Marius… ¿Un besito?

—Puedo perfectamente pasar sin él.

—¡Vamos, no seas niño…! —rió Erika—. Tu actitud es verdaderamente pueril. ¡Si yo quisiera ahora mismo echarías a correr conmigo hacia la cama!

—Prueba a ver.

Erika Schenk se quedó mirando especulativamente a Marius Lind. Por supuesto, la espía más astuta del mundo estaba consiguiendo lo que quería, es decir, poner las cosas de tal modo que, aunque sólo fuese por amor propio, por orgullo masculino, Marius Lind se negase a acostarse con ella; con lo cual quedaría como hombre de gran dominio, sin duda…, mientras que Baby, simplemente, conseguiría mucho más que él: no tener que ofrecerle su cuerpo. Era un juego en el que Marius Lind llevaba todas las de perder, pues ni siquiera sabía con quién se estaba jugando la vida.

—En otro momento —susurró por fin Erika, siempre siguiendo su juego y sus conveniencias—. En cualquier momento en que no esté tan cansada y tensa, haré contigo lo que me venga en gana, bello Marius.

—Avísame cuándo quieres empezar a intentarlo.

—Lo sabrás… —susurró ella—. Lo sabrás… ¡Adiós, Marius! Nos veremos a las diez.

Capítulo VII

Hacia las nueve y media de la mañana, Marius Lind abandonó la Sport Laden para subir al piso alto, a la última planta. Allí, solamente estaba Contabilidad, con el gran cerebro electrónico y el despacho contiguo a éste.

En Contabilidad trabajaban solamente siete personas, ocho contando a Dieter, que era el encargado del cerebro electrónico, la gran máquina fabulosa. Habían tres mujeres y cuatro hombres más. Los hombres se repartían la labor de atender el telex y controlar todas las dependencias de los siete pisos de que constaba el Kauffhoff, merced al gran panel en el que veintiocho pantallas de televisión recogían hasta el último rincón del edificio.

Las mujeres escribían a máquina, hablaban por teléfono y se dedicaban, básicamente, a la perforación de fichas que ocasionarían respuestas programadas en el cerebro electrónico. Con sólo ocho personas, la sección de Contabilidad del Kauffhoff funcionaba de maravilla, bajo la expertísima dirección de Dieter. Es más, si alguien hubiese sabido la labor total que realmente se llevaba a cabo en aquel piso casi todo cristal en el centro de Furth, habría caído desmayado en el acto. Pero como a todos los efectos, allí simplemente se llevaba la contabilidad del Kauffhoff, nadie se desmayaba, ni nadie concedía la menor importancia a una sección que, a fin de cuentas, existe en todos los grandes almacenes, en todos los centros comerciales. Es inevitable.

Cuando Marius llegó a contabilidad, Dieter estaba obteniendo una respuesta del cerebro electrónico. Se acercó a él, y esperó a que terminase la tira de papel.

—La descifraré en un par de minutos —dijo Dieter.

—Bien.

Otra cosa sorprendente. ¿Por qué un hombre, un ser físico, tenía que molestarse en descifrar lo que emitía una computadora? ¿No

habría sido más sencillo programar a la computadora, precisamente para que descifrase lo que le plantease el hombre? Pero allí, en el último piso del Kauffhoff, todo era diferente: una máquina emitía información cifrada, que un hombre tenía que descifrar…

Mientras Dieter se dedicaba a ello, Marius se colocó ante el panel de pantallas de televisión.

—Ella no ha venido todavía, ¿verdad? —murmuró.

—¿Erika? No.

—¿Algo importante?

—Nada. Todo normal.

—¿No ha venido ningún cliente especial?

—No, por ahora.

—Sería conveniente para todos que dejasen de venir durante una temporada. El centro comercial funcionaría normalmente, y si alguien se está fijando en él, comprendería que se había equivocado.

—Pero no podemos avisar a todos nuestros clientes especiales para que no vengan al Centro, Marius.

—Claro que no. Eso sería peor. Además, muchos se asustarían… No, no, no. Por ahora, seguiremos como si nada ocurriese.

Se quedó mirando las pantallas, mientras fumaba un cigarrillo. Dieter terminó la transcripción, y le tendió una hoja escrita a mano, con mayúsculas. Decía:

> «IMPOSIBLE TOMAR DECISIONES DEFINITIVAS SOBRE ERIKA SCHENK, BASÁNDOME SOLAMENTE EN INFORMACIÓN RECIBIDA. CONSIGAN TODA LA POSIBLE Y, MIENTRAS TANTO, MANTENGAN A ERIKA BAJO AFECTUOSO CONTROL TOTAL. SI ES SINCERA SU COLABORACIÓN, SERIA DE ALTA COTIZACIÓN. MANTENGAN SIEMPRE INFORMADO A HOCHST».

—En mi opinión —dijo Marius, devolviéndole el papel a Dieter —, Erika va a despertar, realmente, un gran interés en Tel Aviv. Quizá sepan algo de ella allí.

Dieter asintió, mientras señalaba las pantallas, que Marius había desatendido para leer la transcripción.

—¿No es ésa Erika?

Marius la miró y asintió en silencio. Estaba en la planta baja, a

nivel de la calle. Se dedicó a ir curioseando los diversos puestos de venta, tranquilamente. Las cámaras recogían también el gran reloj que pendía en el centro de la planta baja. Eran las diez menos catorce minutos.

—Lleva un maletín muy curioso —comentó Dieter.

Marius no contestó. Miraba como obsesionada a Erika, que se dirigía a la amplia escalera que ascendía a los siguientes pisos. Apareció en el segundo, y también estuvo curioseando por allí. Y lo mismo hizo en el tercero…

—¿Ella sabe que lo estamos viendo? —preguntó Dieter.

—Sí.

—Parece que esté buscando algo —comentó uno de los encargados de las pantallas.

—No —negó Marius—: está haciendo tiempo hasta las diez. Llegará aquí puntualmente.

—Es verdaderamente hermosa —susurró Dieter.

Tampoco Marius contestó esta vez. Y, en efecto, a las diez en punto, Erika Schenk aparecía en la última planta del edificio destinado a Kauffhoff. Marius acudió a recibirla, sonriendo, y la introdujo en la gran sala de la sección de Contabilidad.

—Supongo que me habéis estado observando —dijo ella, por todo saludo.

—Sí. Pero yo sabía que estabas haciendo tiempo.

—De todos modos, he visto algunas cosas que compraré al salir de aquí. Es un centro comercial muy bien provisto, y tenéis cosas en verdad elegantes… ¿Todo lo controláis desde aquí?

Hizo la última pregunta mirando a Dieter, que se había acercado. Marius lo señaló.

—Es Dieter, el jefe de Contabilidad. Y, por extensión, el coordinador del piso alto.

—¿Qué tal, Dieter? —sonrió Erika.

—Bien —sonrió a su vez Dieter—. Muy bien, Erika. Bien venida al centro.

—Gracias —ella miró alrededor—. Tengo la impresión de que me estoy metiendo en el lío más grande de mi vida. Pero, por lo que veo, todo tiene que ser tan importante que podré dejar de hacer pequeñas trapacerías por ahí…

—Si trabajas para nosotros, desde luego que no podrás dedicarte

a nada más, ni siquiera a asuntos privados.

—Ya. Bueno, todo depende de Hochst. ¿Puedo verlo?

—En este momento, no. Está ocupado.

Erika miró a Dieter, luego a Marius, y finalmente, frunciendo el ceño, miró hacia la puerta de rica madera que cerraba el despacho situado junto al gran cerebro electrónico.

—¿De modo que no soy lo bastante importante para que el Supremo me reciba?

—No debes interpretarlo así. Simplemente, Hochst está ocupado. De todos modos, sabemos ya a qué atenernos con respecto a ti.

—¡Ah, magnífico! ¿Puedo saber qué se ha decidido?

—Has sido admitida, desde luego. En estos momentos, precisamente, Hochst está estudiando qué hacemos concretamente con tu colaboración…

—¿Y para decidir eso no sería mejor que Hochst y yo cambiásemos impresiones personales? —se sorprendió Erika, señalando de nuevo la cerrada puerta del despacho—. Una conversación…

—Verás a Hochst cuando él lo decida —cortó Marius.

—Entonces, ¿a qué he venido aquí esta mañana? Podría haberme quedado en la cama, descansando de mis fatigas de anoche. Ni siquiera te has molestado en informarme respecto a Jean y Helmutt… ¿Los han encontrado?

—Sí. Todo está bien.

—Me alegro. ¿A qué me dedico?

—A nada concreto. Puedes quedarte aquí un rato, si quieres. Luego, lo mejor es que salgas del Centro y te dediques a una vida normal por Furth. Yo tengo que volver abajo. Si necesitas algo de aquí arriba, Dieter te atenderá.

Erika asintió. Marius salió de la sección y tomó el ascensor hacia el sótano uno. Dieter comenzó a ocuparse de sus asuntos. Y Erika, tras darse una vuelta por la sección, contemplar Furth desde los amplios ventanales, mirar críticamente el gran cerebro electrónico y dirigir frecuentes miradas hacia la gran puerta del despacho privadísimo, se instaló delante de las pantallas de circuito cerrado de televisión.

Ni un solo músculo de su rostro se movió cuando en una de las pantallas inferiores vio, de pronto, al hombre llamado Robert

Dewitt, es decir, el agente de la CIA en la actualidad destinado en Madrid y de visita en Alemania. Desvió la mirada hacia otras pantallas y fue haciendo algunas preguntas de tipo técnico, mientras, en realidad, no perdía de vista a Robert Dewitt… Es decir, a un Simón. A uno de sus queridos Simones, como llamaba a todos los agentes de la CIA.

¿Qué hacía allí Simón-Madrid?

Mientras uno de los vigilantes le daba explicaciones, otro llamó a Dieter y señaló, precisamente, a Robert Dewitt. Erika seguía escuchando a su amable informante, pero siempre vigilando a Dewitt… El cual, no hizo nada especial. Eso sí: estuvo en la sección Deportiva, en el primer sótano. Allí, recogió un paquete grande y pesado que ya le tenían preparado, y fue a pagar a la caja. La pantalla recogía tan nítidamente las imágenes, que Erika pudo ver la etiqueta publicitaria del paquete: eran unos patines de ruedas formando un solo bloque con las correspondientes botas.

El hombre que había avisado a Dieter sobre la presencia de Robert Dewitt, preguntó:

—¿Todavía no ha dicho nada Hochst sobre la utilidad de los últimos informes del americano?

—No. Pero ya sabes cómo funciona Hochst: en ocasiones se queda una información, parece que la ha olvidado y, cuando llega el momento oportuno, la agrega a cualquier asunto, facilitando la solución de éste. No debemos preocuparnos por nada, en ese sentido.

Erika seguía mirando a Robert Dewitt, que ya había pagado, y regresaba a la planta baja, al nivel de la calle. Desde allí, se dirigió directamente a la salida, y eso fue todo. Erika permaneció mirando las pantallas y haciendo más preguntas todavía durante algunos minutos. Por último, se acercó a Dieter, que se había sentado ante su mesa y estaba haciendo anotaciones en una gran hoja.

—Entonces, ¿no hay modo de que hoy vea a Hochst?

—Lo siento, Erika.

—Está bien. Me voy a dar un paseo, y a almorzar por ahí. Quizá luego vaya a un cine, no sé… Pero a las siete, desde luego, estaré en el hotel, por si tenéis algo que decirme.

—Me parece muy bien —sonrió amablemente Dieter—. Que te diviertas.

Erika se despidió de todos y abandonó la sección de Contabilidad. En cuanto ella hubo salido, Dieter se puso en pie, fue hacia la puerta de rica madera, la abrió y entró.

No había nadie en el despacho. Un despacho grande, confortable, que tenía como fondo todo cristal, protegido por cortinas de secciones perpendiculares que tamizaban la luz del exterior. Un gran sofá, sillones, librería, un pequeño bar, buenas alfombras, cuadros, moqueta en el piso… Dieter fue a sentarse tras la suntuosa mesa y oprimió una de las teclas del intercomunicador.

—Dime, Dieter —sonó una voz en el aparato.

—Erika va a salir. Quiero saber todo lo que hace el día de hoy.

—Bien. Voy a enviar a Daniel tras ella. Es el mejor.

—De acuerdo.

Dieter cerró la comunicación, se acomodó en el sofá y lo hizo girar, orientándolo hacia las cristaleras. Encendió un cigarrillo y, luego, soltó una silenciosa carcajada.

* * *

De buena gana Erika se habría echado a reír, pero, ciertamente, no podía hacer tal cosa. Lo que sí podía hacer, y estaba decidida a ello, era despistar al hombre que la seguía desde que había salido del Kauffhoff. Y quería hacerlo pronto.

Lo hizo en la estación de ferrocarril. Se dirigió hacia allá tranquilamente, fue a una de las ventanillas y pidió billete para el primer tren que saliese y para la primera estación en la que fuese a detenerse el tren en cuestión. El empleado ni se inmutó. Le expendió su billete, y a otra cosa. Erika entró en los andenes, preguntó por el de su tren, y fue hacia él. Tras ella, por supuesto, seguía el hombre que había detectado desde el primer momento. Erika llegó al andén en el que debía detenerse el tren que, procedente de Nuremberg y con parada de un minuto en Furth, viajaría hacia el norte. Más allá, en el mismo andén, su vigilante miraba a todos lados menos hacia ella.

El tren llegó. Erika subió por un extremo de uno de los vagones, mientras su «sombra» lo hacía por el otro. Era todo tan sencillo, que realmente sentía deseos da reír… Lógicamente, su «sombra» recorrería el pasillo del vagón, tranquilamente, hasta localizarla en

uno de los compartimentos. Pero eso lo haría muy discretamente, es decir, moviéndose siempre como si no le importase nada de lo que sucediese a su alrededor… En definitiva: que cuando fuese a darse cuenta, estaría viajando hacia el norte, mientras Erika, simplemente, tras subir al vagón, volvía a apearse y se alejaba hacia la salida de la estación.

Desde allí presenció la marcha del tren y, en efecto, su «sombra» todavía permanecía en él. Aún tardaría por lo menos tres minutos más en darse cuenta de la jugada.

Desde la misma estación, Erika llamó por teléfono al Kauffhoff y pidió por la Sport Laden, y en esta sección, por Marius.

—¿…?

—Marius, soy Erika. ¿Puedes decirme cómo se llama el hombre que habéis colocado tras de mí?

—…

—¡Vamos, vamos…! —rió—. ¡Claro que lo habéis hecho! Pero, en fin, si no quieres decirme su nombre, da lo mismo. Sólo quería informarte de que él está viajando ahora en tren hacia el norte. Yo, como le dije a Dieter, voy a dar un paseo, almorzaré por ahí, iré al cine, seguramente daré otro pequeño paseo, y a partir de la hora de la cena estaré en el hotel. ¡Adiós, bello Marius!

No esperó a más. Colgó. Pero, acto seguido, hizo otra llamada, ésta al Park-Hotel, en el que pidió comunicación con la habitación tres-cero-seis.

—¿Es usted el caballero procedente de Estocolmo? —preguntó Erika, cuando le contestaron en la habitación 306.

—Soy Lili, la amiga de John. Necesito comunicarme con él inmediatamente. ¿Puede avisarle?

—Bien. En ese caso, dígale que es por el asunto del caballero de Madrid… Pero es mejor que John y yo nos veamos. Estoy segura de que él debe tener coche, así que me gustaría que pasase a recogerme, cuanto antes, en el cruce de las Schwabacherstrasse y la Karolinenstrasse. ¿Está bien?

—Gracias.

Veinticinco minutos más tarde, Erika Schenk se sentaba junto a John Pearson, en el coche que éste conducía y que detuvo un instante en el cruce de las calles indicadas.

—¿Qué ocurre con tu querido Simón de Madrid? —preguntó el

británico.

—Quiero hablar con él. Supongo que sabéis dónde está.

—Motel Wolfshof, en el 41 de la Blumenstrasse, apartamento 18.

—Llévame allí.

John Pearson se quedó mirando fijamente a Erika, vacilando visiblemente. Por fin, asintió con un enérgico gesto. No necesitó decirlo, porque ella lo entendió: si él la había hecho venir desde Nueva York, debía aceptar su sistema de trabajo. Así de simple. De todos modos, parecía muy poco probable que un agente de la CIA pudiese tomar la decisión de perjudicar a la agente Baby. Más que poco probable, en realidad, parecía imposible.

Capítulo VIII

Había vuelos directos de Nuremberg a Zurich en la compañía Swissair, una vez por semana; precisamente, el día en que se realizaba dicho vuelo, Robert Dewitt estaba siempre listo para, iniciar el regreso a Madrid. Se lo había combinado todo muy bien. De Madrid iba a París, de París a Francfurt y de Francfurt a Nuremberg. Luego, pasaba dos días en Furth y emprendía el regreso: Nuremberg-Zurich, Zurich-Madrid. Con escala de veinticuatro horas en Zurich, naturalmente.

Todo funcionaba perfectamente.

Incluso su digestión, pese a que nunca le habían gustado las comidas alemanas. Cuando entró en su apartamento del motel Wolfshof, Robert Dewitt estaba pensando, precisamente, en su digestión, que había comenzado a sufrir percances desde el mismo momento en que hizo la primera comida en Madrid, cuando fue destinado allí. Pero, en definitiva, todo lo que no fuese comer lo que tenía por costumbre era una perturbación, al menos durante las primeras semanas, y no tenía más remedio que aceptarlo. Cuando el trabajo de uno pueda llevarlo de un sitio a otro del mundo…

Robert Dewitt se detuvo en seco en el umbral del dormitorio, tras cruzar lentamente la pequeña salita del apartamento 18. Lo hizo tan bruscamente al ver sentada en la butaquita, cerca de la cama, a la rubia de los ojos azules. Ella le miraba con atención, como queriendo leer sus pensamientos. Era bellísima, increíble… Sobre sus rodillas tenía un maletín. Un maletín rojo, con florecillas azules, al que, de momento, Dewitt no concedió ninguna importancia. Pero de pronto respingó, miró de nuevo el maletín, y de nuevo también los grandiosos ojos azules fijos en él.

—¡Buenas tardes, Simón! —dijo la rubia en español.

El hombre de la CIA puso cara de pasmo un instante. Luego, alzó los ojos hacia el techo, hizo un gesto de impotencia y suspiró.

Finalmente, fue a sentarse en el borde de la cama.

—¿La han movilizado a usted para vigilar a un desgraciado como yo? —expuso, finalmente, su incredulidad.

—Por el momento, en Madrid no saben nada de sus visitas especiales al Kauffhoff. Es de suponer, por otro lado, que usted tiene pretextos perfectos para hacer sus viajes. ¿No es así?

—Sí… Sí, claro.

—Claro. Todos deben tenerlos.

—¿Todos? ¿A quiénes se refiere?

—Usted no es el único que va al Kauffhoff a hacer sus compras de artículos deportivos. En estos momentos, en Furth hay también negociando con el centro comercial un sueco, un alemán y una dama francesa. Me gustaría saber qué es lo que negocian ustedes.

—No tengo ni idea de lo que negocian los demás. Ni sé nada de esas personas.

—Entonces, no conocía usted a Terence Brooks.

—¿Brooks? No… No recuerdo, al menos.

—Un británico, relativamente importante dentro de determinados círculos de Londres. Estuvo en el Kauffhoff, compró unos esquíes y luego desapareció.

—¿Cómo que desapareció? —Palideció Robert Dewitt.

—A nosotros no nos sorprendería nada enterarnos de que ha muerto, ¿verdad, Simón? Y si ha muerto Terence Brooks, cabe pensar que, en cualquier momento, podría ocurrirle lo mismo a la dama francesa, al sueco, al alemán, a cualquier otro que tenga tratos con la sección Deportiva del Kauffhoff…, incluido usted, por supuesto.

Dewitt se pasó las manos por la cara, que notó fría.

—Dígame cómo ha llegado usted hasta mí, Baby. Si no ha sido porque en Madrid hayan desconfiado de mis viajes o de mis contactos…, ¿cómo ha sido?

—Unos colegas nuestros con los que estoy trabajando en un asunto relacionado con el Kauffhoff están tomando película de todas las personas que entran en ese centro comercial. Luego, envían las películas a cierto lugar, donde expertos en identificaciones internacionales hacen una primera selección de rostros conocidos. A usted se le conocía de Buenos Aires primero y de Madrid actualmente.

—Ya. Según entiendo, no está usted trabajando para nuestra CIA en estos momentos.

—Casi nunca trabajo «para nuestra» CIA, Simón. Aunque sería absurdo negar que procuro beneficiarla, si sus propósitos son un mínimo razonable. Dígame: ¿usted ha estado en el piso alto del Kauffhoff?

—No.

—¿Ha hablado con Marius, o con Dieter, o con Hochst?

—No sé quiénes son ésos.

—Entonces voy a rogarle que me explique qué hace usted, exactamente, en el Kauffhoff. Puede negarse, naturalmente.

—¿Y qué pasaría entonces? —sonrió Dewitt.

—Depende. De momento, nada. Me iría de aquí y procuraría enterarme por otros conductos. Entonces, si me parecía que usted estaba involucrado en algo criminal o que implicase una traición injustificada a Estados Unidos, lo buscaría de nuevo para matarlo.

—¿Y si no se trata de nada de eso?

—A mí, las pequeñeces y granujerías de los espías para procurarse unos ingresos extras, me hacen gracia, en general. Ya le he explicado lo que sí me molesta: traición a la patria o conducta criminal general.

—No creo estar haciendo nada de eso —murmuró Dewitt.

—¡Magnífico! ¿Qué es lo que hace?

Robert Dewitt se puso en pie, fue al armario y sacó la caja que contenía los patines. Tras examinarla, miró asombrado a la divina rubia.

—No ha sido abierta… Pudo usted hacerlo.

—Me pareció más afectuoso, por mi parte, sostener una conversación con usted tal como se está desarrollando. Para hacer las cosas por las malas siempre se está a tiempo.

Dewitt asintió. Abrió la caja que contenía los patines con botas en una sola pieza, y los colocó sobre la cama. Volvió a sentarse en ésta y se dedicó a examinar con cuidado los patines. Por fin, tras palpar cuidadosamente las botas, separó la doble piel de una y, del interior, sacó unos billetes, que tendió a Erika Schenk. Ésta los tomó y los contó rápidamente. Eran diez billetes americanos, de mil dólares cada uno.

—¿A cambio de qué? —musitó.

—De cualquier información que la CIA consiga en Madrid sobre Alemania.

—¿Cuál de las dos Alemanias?

—Las dos: la República Democrática y la Federal. Todo lo que circule por Madrid que haga referencia en cualquier sentido a Alemania.

—¿Y para qué quieren esa información?

—No tengo ni la menor idea. Hacía un par de días nada más que había llegado a Madrid cuando un tipo me abordó, en una cafetería de la Avenida de José Antonio. Con total desfachatez, me expuso su oferta, y me hizo comprender que si no aceptaba yo, aceptaría otro, y que, de todos modos, quizá su organización pudiera pasar sin mi colaboración. Sólo se trataba de saber si yo quería ir ganando unos miles de dólares extras cada vez que pudiese facilitar alguna información sobre las dos Alemanias. Me pareció una estupidez rechazar la oferta, francamente. Por otro lado, cribo la información de modo que sólo afecta a las Alemanias.

—Entiendo. Lo que no entiendo es que para cobrar tenga que venir usted a Furth.

—Con gastos pagados —sonrió Dewitt—. Bien, yo también lo encuentro un poco tonto, pero esta gente parece que no se fía demasiado de mí, así que me hacen venir aquí, y en seguida voy al Kauffhoff, y tiro si sobre con la información dentro de su buzón de sugerencias de la planta principal. Supongo que la información es recogida, analizada y valorada, y al día siguiente, cuando acudo a recoger la compra que tengo encargada, cobro lo que ellos estiman que vale mi información. Los precios oscilan entre tres mil y quince mil dólares. Y eso es todo Bueno, de regreso a España paso por Zurich e ingreso el dinero en mi cuenta numerada de esa ciudad. Digamos que estoy realizando un pequeño ahorro para los malos tiempos que puedan llegar.

—¿Eso es todo?

—Todo. Y… Bueno, me gustaría saber qué piensa usted hacer al respecto.

—¿Usted sabe con quién está tratando, Simón? ¿Tiene idea de para quién está trabajando con su doble juego?

—No.

La agente Baby quedó pensativa. Creía todo lo que acababa de

contarle Dewitt, desde luego. Sabía ya que, posiblemente también, los demás visitantes del Kauffhoff estuviesen realizando el mismo negocio, si así podía llamarse. Es decir, que a juzgar por la información recibida de Dewitt, lo que estaba ocurriendo era que en el Kauffhoff se estaban interesando de modo muy especial por todo lo que atañese a las dos Alemanias; querían saber todo lo que estuviese relacionado con ellas tanto en España, como en Suecia, Francia, Inglaterra. Y ya, puestos a obtener información de las dos Alemanias en estos cuatro países…, ¿por qué no, también, en el resto del mundo?

Erika miró de nuevo a Dewitt.

—¿Acaso Alemania del Oeste está intentando algo? ¿Hay algún rumor, algún dato, algo que permita suponer que en Bonn están preparando algo especial?

—De ninguna manera.

—¿Y en la Alemania del Este?

—Que sepamos en Madrid, no. Pero no entiendo por qué me tiene que preguntar a mí, Baby; si se está preparando algo, no es posible que lo ignoren en nuestra central. Pregúnteles a ellos, a los de Langley.

De nuevo quedó pensativa Erika Schenk. Por fin, lentamente, procedió a colocarse las lentillas de color verde ante las azules pupilas. Una vez más miró al interesado agente de la CIA, que, evidentemente, no las tenía todas consigo.

—Está bien, puede regresar a Madrid, vía Zurich.

—¿Eso es todo? —exclamó el espía.

—Si no me ha mentido, sí. Si me ha mentido, será mejor que empiece a pensar en el modo de librarse de mí, Simón, porque yo iré a por usted. ¿Está claro?

—Sí. No le he mentido.

—En ese caso, feliz viaje y disfrute de su dinero.

—¿No va a castigarme de algún modo por haber obtenido provecho, personal utilizando los canales de información de la CIA?

La espía más peligrosa del mundo soltó una carcajada.

—¡Qué tontería! —rió aún más—. Si las cosas fuesen así, Simón, haría ya tiempo que la CIA habría tenido que castigarme a mí muy severamente. Lo único que voy a pedirle es que se comporte usted tal como lo habría hecho si yo no le hubiese visitado. ¿Lo hará?

—¡Claro! —sonrió el espía.

—Pues eso es todo. ¡Adiós!

Robert Dewitt quedó solo. Y todavía tardó más de un minuto en darse completa cuenta de lo que realmente había sucedido. La conclusión a que llegó no admitía ninguna discusión: había estado conversando, sin duda alguna, con la auténtica Baby. Solamente ella podía haber zanjado de aquel modo la cuestión. En la central de la CIA lo habrían hecho de modo muy diferente. Y al pensar en esto, la frente de Robert Dewitt se cubrió bruscamente de sudor: se había librado de una buena y, ciertamente, no pensaba reincidir.

No había que abusar de la bondad y comprensión de nadie. Ni siquiera de la de Baby.

Baby terminó la explicación y John Pearson movió la cabeza con gesto negativo.

—Te aseguro que no sé nada sobre ese asunto.

—Quizá Terence Brooks vino aquí por algo relacionado con Alemania y el Reino Unido, John.

—Puedo enterarme, desde luego, pero lo dudo. Además, en ese caso, también podríamos pensar que la CIA, o quizá Madrid, tenían algo que ver con el Kauffhoff. Y también Francia. Y Suecia… No, no lo entiendo, no sé nada.

—Ninguno de los dos somos tontos —dijo Erika Schenk—. Pensemos: quizá se nos ocurra algo.

—Yo no tengo inconveniente en pensar —sonrió Pearson—: es tan bueno para la mente como lo es la gimnasia para los músculos: Pero, Brigitte, ¿qué vamos a pensar, si ni siquiera sabemos realmente quiénes son Marius, Dieter y los demás, y para quién trabajan? Si supiésemos eso, estoy seguro de que entre tú y yo podríamos encontrar una solución.

Erika Schenk asintió y frunció el ceño. Pero, de pronto, sonrió. Aunque fue una sonrisa que puso como un relámpago de frío en la espalda del espía británico.

—Tienes razón… Nosotros no sabemos para quién está trabajando Marius. Pero Marius sí lo sabe. Así que…, ¿se te ocurre algo más lógico que preguntárselo a Marius?

—Más lógico, no. Pero quizá sea precipitar las cosas.

—Quizá. Pero, querido John, ya sabes que a mí no me gusta perder el tiempo en vacilaciones. Hay demasiadas cosas que hacer

en el mundo para detenerse. Yo no sé una cosa, y Marius Lind la sabe. Bueno, pues se la voy a preguntar a Marius Lind.

Capítulo IX

Esta vez, Marius Lind la vio en cuanto entró en el saloncito de su apartamento. Es más: ya sabía que ella estaba allí, pues al entrar en el apartamento vio la luz al fondo. Y comprendió que tenía que ser Erika Schenk quien, como la vez anterior, había entrado por sus propios medios.

Sólo que esta vez Erika no estaba allí en plan de guerra, sino de amor. Había encendido la lámpara de pie del rincón solamente y había colocado el sofá de modo que quedaba iluminado muy íntimamente. Delante del sofá, la mesita, en la que se veía una botella de champaña y dos copas, ya llenas. Erika estaba sentada en el sofá, completamente desnuda, y sonrió dulcemente al ver a Marius.

—He comprado champaña. Espero que te guste. Marius Lind miró su, reloj con gesto hosco.

—Se supone que a las siete tienes que estar en tu hotel, por si fueses requerida para algo.

—Lo sé. Pero no creo que te cueste un gran esfuerzo llamar al Kauffhoff y decirle a Hochst que estoy contigo… ¿O quizá Hochst no está, ahora, en el centro comercial?

Marius Lind se quitó el impermeable y fue a dejarlo en el cuarto de baño. Estaba lloviendo en Furth. Y de tal modo, que parecía que nunca fuese a terminar de llover y que tuviese que estar lloviendo en todo el mundo. Afuera, la noche era como una enorme masa de agua con puntos luminosos.

Marius regresó al saloncito y se sentó en el sofá, junto a Erika, que le tendió una copa de champaña.

Marius bebió y se estremeció. La verdad era que, con aquel tiempo, no era precisamente champaña frío lo que apetecía.

—¿Tienes frío? —sonrió ella—. Yo llevo aquí bastante rato y con la calefacción he entrado en calor. Abrázame y te darás cuenta de lo

calentita que estoy.

—Estás perdiendo el tiempo —aseguró Marius.

—¿Qué quieres decir?

—No pienso poseerte.

—¡Oh, vamos, Marius! ¡No seas rencoroso!

—Las mujeres como tú me disgustan mucho, Erika. Comprendo que utilicéis vuestro cuerpo para conseguir determinados propósitos. Lo que no comprendo es que no os deis cuenta de cuándo un hombre puede ser convencido por ese sistema y cuándo no.

—¿Quieres decir que con mi belleza y mis besos no voy a conseguir nada de ti?

—Absolutamente nada.

Erika Schenk se quedó mirando la copa que teñía en la mano izquierda, como fascinada por las doradas burbujas diminutas. De pronto, acabó la copa de un tragó, la dejó sobre la mesita y miró simpáticamente a Marius.

—Bueno, a decir verdad, me alegra mucho de que tus manos asquerosas no toquen mi piel, Marius. No me disgusta en absoluto afrontar la situación de otro modo. Veamos: ¿quién es Hochst, dónde puedo encontrarlo ahora y para quién estáis trabajando en este asunto de las dos Alemanias?

Marius Lind palideció, sus ojos se desorbitaron, la copa de champaña resbaló entre sus dedos y se rompió contra el suelo… Su cuerpo quedó rígido, la boca crispada.

—¿Cómo sabes esto? —Casi chilló con voz aguda.

—Las cosas sólo se saben de un modo: preguntando.

—¿A quién has preguntado?

—Secreto profesional —sonrió Erika.

—Estás loca… ¡Puedo hacerte pedazos! ¡Puedo hacerte pedazos y tienes la insensata idea de colocarte desnuda ante mí, para hacerme preguntas…! ¿Quién te ha hablado de eso?

—Está bien, te lo voy a decir: Terence Brooks.

—¿El británico? ¿Cuándo?

—Esta tarde. Nos hemos visto y me ha hablado de las dos Alemanias.

—¿Conque Terence Brooks…? —sonrió, torcidamente, Marius—. ¿Y precisamente esta tarde?

—Sí, esta tarde. Nos hemos encontrado en un cine…

Erika Schenk calló bruscamente, tras respingar, cuando la mano izquierda de Marius la atenazó bruscamente por la garganta y la derecha se posó sobre su seno izquierdo, apretándolo, aplastándolo con fuerza, empujando a Erika contra el respaldo del sofá.

—¡Terence Brooks no ha podido decirte nada porque hace una semana que murió! —mascullló—. Fue retirado de la circulación por nuestros expertos, eliminado, tirado al río con una bolsa de plástico llena de tornillos atada al cuello. Terence Brooks está muerto y remuerto, y por tanto no ha podido decirte nada esta tarde. ¡Y ahora dime con quién has estado hablando realmente!

—Marius, me… me estás haciendo daño. ¡Por favor, me estás… estrangulando!

—Lo que voy a hacer es arrancarte la cabeza si no contestas a mis preguntas… ¡Te voy a destrozar si no me dices todo lo que sabes y quién te ha informado!

—Es que… no me dejas… hablar…

Marius aflojó la presión y Erika comenzó a toser. Señaló el champaña, y Marius, tras vacilar, le sirvió una copa. Ella bebió, mostrando alivio, y se pasó una mano por el cuello y por el seno izquierdo.

—Eres… una mala bestia…

—Te aseguro que no tienes ni idea de lo que es ser una mala bestia, Erika —Lind se había calmado—. Voy a ofrecerte una solución que, en principio, te parecerá poco conveniente para ti, pero que te aseguro te favorecería: dime todo lo que sabes y te ahorrarás el viaje a Tel Aviv.

—¿Tel Aviv? ¿Quieres decir que estás trabajando para Israel? ¿Estás al servicio del Mossad? ¿O quizá en Alemania estás realizando sólo una labor de vigilancia…? ¿Perteneces al Shin Beth? ¿Formas parte del personal de la calle Ben Yehuda?

—¡Soy yo quien está preguntando! —Las manos de Marius se posaron sobre los senos de Erika, y en el acto, los dedos sujetaron los pezones—. ¡Y tú vas a contestar!

—Pero, Marius, espera… ¡Si eres del Mossad estás cometiendo una equivocación conmigo! ¡Soy de los tuyos!

Marius Lind, que se disponía a retorcer los pechos de Erika, se quedó inmóvil, asombrado.

—¿Eres del Mossad? —jadeó.

—¡Claro! Y voy a decirte, por fin, mi verdadero nombre: me llamo Emma Zevi. ¡Soy hermana de Lydia Zevi! Ella me había hablado del Kauffhoff, y me dijo que estaba haciendo algo especial, pero nunca quiso aclarármelo. Cuando murió, decidí venir aquí para saber qué había tenido que ver el Kauffhoff con la muerte de Lydia. ¡Te estoy diciendo la verdad!

Marius Lind estaba muy desorientado, era evidente. Vacilaba tanto, que Erika comprendió que tenía que insistir, no perder terreno.

—Marius, por favor, no te precipites… ¡Los dos somos del Mossad, podré demostrártelo!

—Yo no soy del Mossad —negó abruptamente Marius Lind.

—Pero eres judío, ¿no es así?

—Sí.

—Todos los del centro sois judíos…, ¿sí?

—Claro. Todos los que estamos trabajando con Hochst lo somos, desde luego.

—Pero…, ¿qué estáis haciendo? ¡Dímelo, y si es necesario el Mossad os ayudará!

—¿Quieres decir que ya has informado sobre nosotros al Mossad… y que ellos te han autorizado a hacer negociaciones, si llegase el caso?

—¡Naturalmente! ¡Ya te digo…! ¡AaaaAAAA…!

El alarido lo lanzó Erika cuando los dedos de Marius le retorcieron salvajemente los pechos por los pezones. El dolor fue tan terrible, tan intenso, que Erika saltó del sofá y cayó de rodillas delante de las de Marius, que continuó sujetándola, y gritando ahora:

—¡Estás mintiendo! ¡Con lo que has dicho, sé que no eres del Mossad! ¡Ellos no necesitan enviarte a ti para hacer negociaciones! ¡Dime quién eres! ¡Dime quién eres o te arranco los pechos! ¡Puerca asquerosa…! ¡Me voy a ocupar de ti, de lleno, en cuanto haya avisado a Dieter para que se vaya con los discos…! ¡Aparta!

La apartó él, soltándole por fin los pechos y golpeándole en el vientre con un pie. Erika emitió un gemido y cayó de costado, encogida, mientras Marius se precipitaba hacia el teléfono…

—Que no llame, John… —dijo Erika—. ¡Que no llame a nadie!

Marius Lind se detuvo en seco, sorprendido. ¿John? Entonces vio a John Pearson, de pie tras el sofá, lívido como un muerto, apuntándole con una pistola con silenciador. Lind miró a Erika y la vio incorporándose tranquilamente, aunque con un leve gesto de dolor, frotándose con delicadeza el vientre y los pechos… Parecía que sólo hubiese sufrido dolorcillos sin importancia… La mirada de Marius Lind parecía taladrarla, mientras en el cerebro del alemán de origen judío la verdad se iba abriendo paso, apartando la ofuscación que, hasta entonces, había predominado: aquel hombre, el llamado John, había llegado a su apartamento con Erika, y había estado todo el tiempo tras el sofá. Le habían tendido una trampa. Primero, ella había intentado intimar con él para sonsacarle a las buenas. Como no había podido encauzar las cosas de este modo, había mentido estúpidamente, él lo sabía, al decir que era del Mossad. Y ahora, los dos estaban dispuestos a impedirle que avisase a Dieter, y a seguir jugando con él: le dominarían y, luego, le torturarían hasta donde fuese necesario para obtener la información que deseaban…

A medida que iba pensando en esto, a medida que comprendía que en todo momento él había sido manejado por aquella mujer que ya no sabía si se llamaba Erika Schenk, Monique Lafrance o Emma Zevi, Marius Lind iba notando con más intensidad aquella pesadez de cabeza, como si se le fuese llenando de aire caliente… No. De aire, no: se le iba llenando de sangre caliente… De furia…

—¡Te voy a reventar, ramera! —jadeó.

Sabía que no podría llamar nunca a Dieter. Y sabía que si lo dominaban estaría perdido. Así pues, antes que eso, Marius tomó la decisión de hacer pedazos a Erika Schenk…, si podía; se abalanzó hacia la botella de champaña, la asió, la alzó sobre su cabeza y, chillando, cargó contra Erika…

Plop, chascó la pistola de John Pearson.

* * *

Zut-zut-zut-zut-zut, comenzó a zumbar apagadamente el avisador en el piso alto del Kauffhoff, al mismo tiempo que la luz roja se encendía y se apagaba.

Klaus, que estaba sentado ante el telex estudiando el mensaje

que acababa de llegar, miró la pequeña bombilla y luego a Dieter, que estaba introduciendo tarjetas en la gran computadora.

—Alguien ha entrado —dijo Klaus—. Ya miro yo, Dieter.

—Bien.

Ninguno de los dos se había alterado. Sabían que a aquella hora sólo podían entrar en los ya silenciosos, cerrados departamentos del Kauffhoff, personal de toda confianza de éste. Ni siquiera empleados corrientes. Sólo los que «verdaderamente hacían allí un trabajo importante».

Klaus encendió las pantallas de televisión, que se iluminaron en seguida. Su mirada fue, con toda lógica, a las que ofrecían imágenes de la planta baja. En ésta, como en las demás, las luces estaban apagadas, excepto algunas pocas, sólo las imprescindibles para que los objetivos de las cámaras pudiesen captar las imágenes. En esa penumbra suave, Klaus vio al hombre y a la mujer que cruzaban la planta baja, directos hacia el ascensor. Y los reconoció en el acto a los dos:

—Son Marius y Erika.

—Creí que podrían ser los dos vigilantes de noche.

—No. Ésos sólo vienen cuando nosotros nos vamos: si no los aviso yo, saben que el centro no está solo, y se toman una noche de descanso.

—Sí, sí… —asintió Dieter, distraído—. ¿Cómo va eso del telex?

—Los de Munich están esperando respuesta. Yo estoy estudiando este mensaje —apagó las pantallas de televisión y volvió a sentarse ante el telex—, y me parece un tanto confuso. ¿Tú lo has entendido, bien? ¿Seguro?

—Si no fuese así, no estaría trabajando en la respuesta.

—¡Claro! Bueno, aprovechando que llegan Marius y Erika, yo me voy. A menos que me necesites para algo más.

—No, no.

—Hasta mañana, entonces.

—¡Adiós, Klaus!

Klaus abandonó la sección de Contabilidad y Dieter quedó solo, absorto en la alimentación del gran cerebro electrónico. Se dio satisfecho por fin y la máquina comenzó a funcionar. Los grandes discos giraron, comenzaron a oírse suavísimos zumbidos. Todo era perfecto, exacto, infalible. Había dejado de llover hacía unos

minutos, y el silencio era total alrededor de la séptima planta del centro comercial. La computadora funcionaba con cadencia, con elegancia, con seguridad. En ocasiones, incluso Dieter se haba estremecido al pensar en lo que se podía hacer con lo que aquella máquina «sabía».

—Y se hará… —dijo en voz alta—. Tardaremos diez años o cien años, pero se hará. ¡Lo conseguiremos!

—¡Estupendo!

Dieter respingó y se volvió de un salto, al oír la voz alegre que celebraba un futuro lleno de éxitos. Erika estaba en la entrada de la sección, mirándole con expresión divertida.

—¡Ah, Erika…! Me has sobresaltado. ¿Y Marius?

—Nos hemos encontrado con Klaus cuando íbamos a entrar aquí, y Marius se lo ha llevado abajo, a decirle no sé qué para mañana. ¿Qué estás haciendo?

—Como siempre, trabajando para una perfecta información de Hochst. Además…

—¡Ah…! ¿Está Hochst aquí? —Miró Erika hacia la puerta del despacho.

—¡Sí…! —rió Dieter—. ¡Claro!

—¿Te parece que querrá recibirme?

—Estoy seguro de que no. Cuando quiera que le conozcas, te lo hará saber, Erika.

—Ya. Ibas a decir que además…

—Además, tengo a los de Munich esperando al telex. Y eso es sagrado, no puedo entretenerme.

—¿Por qué no?

—Todas las cosas funcionan de determinada manera: Munich envía un mensaje y, por tanto, espera respuesta. La respuesta puede ser la información solicitada o, cuando menos, el acuse de recibo de su mensaje. Si no reciben ni respuesta ni acuse de recibo en el término de una hora, vuelven a llamar, es decir, ellos envían otro mensaje preguntando qué ocurre. Si no ocurre nada, se les contesta entonces, siempre utilizando la clave. Si ocurre algo se les dice lo que ocurre y se les pone al corriente de las órdenes de Hochst. Y si a la tercera vez que ellos comunican, no reciben respuesta, levantan el campo, se van de su instalación a toda prisa.

—Entiendo. ¿Y adónde van? ¿A Tel Aviv?

Dieter miró vivamente a Erika Schenk. La computadora seguía trabajando, emitiendo sus zumbidos, sus chasquidos, sus suaves susurros.

—¿Por qué mencionas Tel Aviv? ¿Quién te ha hablado de esa ciudad?

—Marius. Pero Marius está muerto ahora, Dieter… No, no ha llegado conmigo. El hombre que ha entrado conmigo en el Kauffhoff con las ropas de Marius es un amigo, un agente secreto británico, interesado en la muerte de Terence Brooks. Es decir, en su desaparición… Ahora ya sabe que lo matasteis. ¿Me vas comprendiendo?

—Sí —musitó Dieter, que estaba lívido.

—Mi amigo se ha encargado de Klaus. En estos momentos, además, los otros hombres que hubiesen en el segundo sótano del Kauffhoff han sido dominados por mi amigo, que los debe tener bien atados y controlados en el sótano. Así que quedamos tú, yo… y Hochst. Y yo insisto en que Hochst me reciba.

—No…, no.

—Eres muy terco, Dieter. ¿No lo entiendes? Soy yo quien tiene controlada la situación. Y quiero saber a qué os dedicáis vosotros. ¿Para qué queréis toda esa información que estáis consiguiendo en todo el mundo sobre las dos Alemanias? Estáis comprando información en todo el mundo, estoy segura. ¿Por qué?

Dieter apretó los labios. Erika Schenk ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—¿No quieres decirme qué hacéis con toda esa información?

—Se la facilitamos a Hochst: él es quien decide.

—Está bien. Voy a… ¡Dieter, no! ¡No toques…!

Dieter se había vuelto rápidamente hacia la computadora y sus manos estaban casi tocándola. Habría llegado a hacerlo, si Erika no hubiese comprendido que sus amenazas no iban a servir de nada. Ya en anteriores ocasiones había tenido tropiezos con aquellas odiosas máquinas, y sabía que no podía esperar nada bueno de ellas, así que, antes de que Dieter consiguiese tocar ningún mando, la espía internacional había hecho aparecer la pistolita en su mano derecha, y disparó sin vacilar… Dieter lanzó un aullido, chocó de cara contra la computadora y cayó de espaldas.

Se quedó inmóvil en el suelo, cara al techo, los ojos cerrados con

terrible fuerza, de un modo sorprendente, grotesco. De su boca brotaba un débil quejido alargado, escalofriante. Erika se acuclilló junto a él y lo miró. Dieter seguía con los ojos cerrados, de su boca brotaba aquel quejido agudo, y eso era todo. No. No viviría ya mucho, después de aquel balazo en la espalda.

«Están locos… —se dijo la divina espía—. Parecen unos fanáticos».

La palabra «fanáticos» se quedó como resonando en la mente de Baby. Igual que las ondas sonoras de una campana expandiéndose por un valle… Fanáticos, fanáticos, fanáticos…

Hochst.

Hochst estaba en su despacho. ¿Estaría viendo lo que sucedía, por medio de algún televisor? ¿O quizá continuaba trabajando tranquilamente, ignorante de lo que sucedía?

Erika se incorporó y se dirigió hacia la puerta del despacho. Por fin iba a conocer a Hochst, el hombre que dirigía aquel grupo de fanáticos que morían y mataban como si nada tuviese importancia. Lydia Zevi había matado; Germain Priely había ido a matarla a ella; esto, como consecuencia del asesinato de Terence Brooks y de lo que Reginald Colman hubiese podido saber al respecto, ya que había estado siguiendo a Brooks, le había visto comprar unos esquíes en el centro comercial… Y luego, Jean y Helmutt. Sí, morían o mataban como si todo fuese natural…, o imprescindible. ¿Qué clase de fanáticos eran? ¿Qué pretendían? ¿Para quién trabajaban?

Muy bien: Hochst se lo iba a decir. No consentiría que él escapase también a su interrogatorio.

Erika Schenk puso la mano en el pomo de la puerta del despacho, lo probó suavemente, y, tras comprobar que giraba, acabó de accionarlo, empujó la puerta, y entró en el despacho, con el brazo extendido, dirigiendo la pistola hacia donde vio la mesa…, que estaba vacía.

Velocísimamente, sobresaltada, Erika giró en redondo, mirando con expresión de alarma a su alrededor. Pero, no. No había nadie en ningún rincón del despacho apuntándola con una pistola. Simplemente, estaba sola allí.

Durante un par de segundos, desconcertada, no acertó a moverse. Luego, se acercó a la mesa, pasó detrás, y puso la mano

izquierda en el asiento del confortable sillón giratorio. Estaba frío. Hacía mucho rato que nadie se sentaba allí. ¿Estaba Hochst escondido en alguna parte del despacho?

No. En menos de diez segundos, la mejor espía del mundo estuvo segura de ello. ¿Había saltado por la ventana? Imposible. Aunque su fanatismo hubiese sido como el de sus hombres, no habría podido saltar por la ventana, ya que no había ninguna. Allí todo era cristal, pero fijo; no se podía abrir ninguna ventana, salvo dos estrechos respiraderos naturales, cerca del techo, alargados; ningún hombre podía pasar por allí.

Erika Schenk estaba tan sorprendida que no se dio cuenta de que la computadora se había detenido, precisamente hasta que oyó que volvía a entrar en funcionamiento. ¿Quién la estaba accionando… después de haberla detenido?

Salió corriendo del despacho, y en seguida vio a Dieter, de pie, agarrado a la computadora con las dos manos. Tenía las manos llenas de sangre.

—¡Apártese! —gritó Erika—. ¡Apártese de ahí, Dieter!

Dieter volvió la cabeza y comenzó a reír. Erika apuntó a su pecho y disparó, implacable. El alemán lanzó un aullido, sus manos se crisparon en los salientes de la computadora, pero no tuvieron fuerza para sostenerlo. Volvió a caer de espaldas y quedó ahora mucho más rígido, con los ojos abiertos fijos en el techo.

Erika corrió hacia él y de nuevo se acuclilló a su lado.

—Dieter: es usted. ¡Usted es Hochst! ¿Lo es?

Hubo un parpadeo en los ojos de Dieter.

—No entiende… usted nada… —jadeó—. ¡Nada! Pero se lo explicaré: queremos…, queremos toda la información sobre las Alemanias porque…, porque tenemos proyectado apoderarnos de ambas. Dentro de cien o de mil años, Israel gobernará en Alemania, los judíos seremos… dueños de Alemania… Quizá no de todo lo que fue… la Gran Alemania…, pero los judíos… seremos los amos… de los alemanes. Queremos introducirnos lentamente, muy lentamente… En realidad, ya lo estamos consiguiendo. ¡Ya muchos de los nuestros están en cargos importantes, en las dos Alemanias! Iremos controlando su economía, sus finanzas, sus fuerzas armadas, sus tendencias políticas, sus reacciones internacionales… Lentamente, Israel se irá apoderando de la Gran… Alemania, y

habrá sonado… la hora de la más dulce y grandiosa venganza… que el mundo haya… conocido jamás… Pero antes hay que trabajar mucho… Hay que ir alimentando a Hochst con todos los datos que nos ayuden a ese dominio total: todas las informaciones son buenas, porque todo… todo puede servir para dominar a un hombre, para forzar su voluntad… Y así, lentamente, lentamente…, la Gran Alemania será… de los judíos… Hochst lo conseguirá. Todo lo que se le dice queda en él, para siempre. Hochst guarda toda la información que un día necesitaremos para…, para apoderarnos de las voluntades de los hombres con los que Israel, primero encubiertamente y luego declaradamente, instalará a sus hijos en la tierra que un día les fue negada. Y la venganza, la… la venganza que estamos planeando, será… maravillosa para los que… los judíos que puedan llegar a verla.

Dieter calló y tragó saliva. Erika miraba al moribundo y a la máquina, que seguía funcionando. Pero, como siempre, ella iba a vencer a la máquina.

—Dieter: usted no es Hochst. Hochst es la computadora, ¿verdad?

—¡Je, je, je…!

—Es la computadora. Han instalado ustedes en la mismísima Alemania su peor enemigo, el que está reuniendo todas las armas para el gran día de la venganza. Hochst es la computadora, ¿verdad, Dieter? ¿Dieter?

—Es usted una… mujer muy… muy lista, Erika…

—Hochst es la computadora. ¡Dios… Dieter! ¿Quién ha organizado esto? ¿Israel?

—No, no…

—¿El Mossad? ¿Ha sido el espionaje israelita?

—El espionaje israelita es, hoy día, el mejor del mundo. Pero no debe complicarse en una cosa como… como ésta…

—Quiere usted decir que jamás lo admitirá, pero que todos estos grandes medios, el personal, la dirección, todo proviene del Mossad… ¿Es así? ¡Esto no ha podido organizarlo un grupo cualquiera, sin medios, sin dirección! ¡Tiene que haber sido Israel, el Mossad! ¡Estoy segura!

—Pues si está usted segura…, ya sabe más… más que yo mismo…, e incluso más que el propio Hochst… Nadie vencerá

nunca a Hochst, nadie. Puede que éste sea destruido, y que usted se lleve los discos donde se ha ido almacenando toda la información, pero en cualquier parte del mundo, muy pronto, alguien volverá a instalar otro Hochst. Y otro, si fuese necesario. Y otro y otro y otro…, hasta que…, hasta que…

Los ojos de Dieter se abrieron más, y la cabeza giró bruscamente hacia la derecha.

Erika Schenk estuvo mirándolo unos segundos, aterrada. Luego, miró la máquina, que seguía funcionando. Pero… ¿en qué? ¿Qué estaba haciendo ahora Hochst? ¿Por qué Dieter la había parado, para luego volver a ponerla en marcha? Seguramente, había cambiado el programa de trabajo de Hochst… ¿Qué nuevo programa le había marcado? ¿Qué estaba tramando ahora el invencible Hochst?

Baby Montfort se puso en pie de un salto, desencajado el rostro, los ojos casi fuera de las órbitas, mirando aterrorizada a todos lados. Se abalanzó hacia la computadora y comenzó a pulsar botones, pero el zumbido de contacto proseguía: ziiip-zap, ziiiip-zap, ziiiiip-zap, ziiiiip-zap…, proseguía el cerebro electrónico.

—¡Por Dios…! —gimió Baby, sudando de angustia—. ¡Por Dios, tengo que saber cómo se para este trasto, tengo que saberlo!

Ziiiip-zap, ziiip-zap, ziiiiip-zap…, proseguía Hochst, incansable.

Hasta que Brigitte Montfort, alias Baby, localizó la palanca cuya conexión o desconexión alimentaba o dejaba sin recepción de energía a la máquina… Bajó aquella palanca.

Y Hochst quedó completamente silencioso.

Este es el final

Monsieur Nez movió la cabeza, con gesto alarmado.

—Es decir, que si usted no hubiese podido parar aquella máquina, todo el edificio habría sido hundido por las cargas explosivas que habían repartidas en él.

—En efecto. Por fortuna, pude detener a Hochst. Luego, llegaron los hombres de usted y de John que estaban esperando la posibilidad de intervenir, lo buscaron todo, lo desmontaron todo, y se lo llevaron… Incluso los discos de la computadora donde estaba grabado todo lo que el Kauffhoff había conseguido hasta entonces. Los discos, previo acuerdo con John, y en la seguridad de que usted también aceptaría mi decisión, fueron destruidos.

—Sí, está bien. Pero me pregunto… cuánto tiempo tardaremos en volver a oír hablar de otro centro comercial.

—Quizá cuando oigamos hablar de eso, ya no estemos a tiempo de intervenir —murmuró John Pearson, que había permanecido silencioso, sentado junto a Brigitte—. Y después de lo sucedido con el Kauffhoff el espionaje israelita irá con mucho más cuidado.

—No tenemos constancia de que haya sido obra del Mossad —rechazó Brigitte.

—¿De quién, si no?

—Vamos, John… Convinimos en no acusar a nadie, puesto que nada, concreto sabemos.

—Tiene que haber sido el Mossad.

—Eso sería tanto como decir que todo lo malo que irradiase de Estados Unidos fuese obra de la CIA, o todo lo malo que irradiase de Inglaterra fuese obra del MI5, o todo lo malo qué irradiase de Francia fuese obra del SDECE, y así, hasta el fin. En realidad, lo más lamentable de todo esto es que alguna vez se pudiese sembrar odio…, y que ahora haya quien lo esté cosechando.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir…

En ese momento, se asomó un hombre por la ventanilla del coche en el que estaban instalados Brigitte, Nez y Pearson y, mirando al francés, dijo:

—Lo hemos conseguido, señor: *mademoiselle* tiene su pasaje para Nueva York. Su avión sale dentro de cuarenta minutos.

—Apenas tengo tiempo para terminar lo que les decía —dijo quedamente Brigitte—: quería decir que lo más lamentable de todo es que, como suele suceder, paguen justos por pecadores.

FIN